

La novela
TEATRAL

JUDITH
Tragedia bi-
blica en tres
actos.
P. Villaspesa

20 cts.

Tovar
1921

0

DIRECTOR: JOSÉ DE UZQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID.—CALVO ASENSIO, 3. — TELÉFONO J-624.—APARTADO 408

El más esclarecido de los autores españoles contemporáneos y una de las glorias más grandes de nuestra escena a través de los tiempos, digna de figurar al lado de los grandes maestros de nuestro siglo de oro, Lope de Vega y Calderón,

JACINTO

BENAVENTE

publicará en esta Revista próximamente, entre otras obras, tres de sus más notables comedias:

Más fuerte que el amor
La princesa Bebé
El dragón de fuego

la primera de las cuales, **MÁS FUERTE QUE EL AMOR** aparecerá el domingo, **10 de Abril**

30 céntimos

JUDITH

TRAGEDIA BÍBLICA EN TRES ACTOS. ORIGINAL DE

Francisco Villaespesa

R 8140-A

PERSONAJES

JUDITH, viuda hebrea. - HEGLA, su sierva. - RODOPIS, cortesana griega. - HOLOFERNES, general asirio. - ELIACIM, sumo sacerdote de Israel. - AQUIOR, rey de los ammonitas. - MEGABIZES, soldado ammonita. - HERALDO asirio. - ASSUR, capitán asirio. - SHARAZER, capitán asirio. - MANASÉS, capitán israelita. - VAGAO, eunuco. - CENTINELA israelita. - ANCIANO 1.º, israelita. - ANCIANO 2.º, israelita. - UN SOLDADO HERIDO, israelita. - UN COPERO asirio. - HOMBRE 1.º, israelita. - HOMBRE 2.º, israelita. - UN CAPITAN asirio. - UNA VOZ. - EL CADAVER DE OZIAS. - Cortesanas, mujeres israelitas, capitanes, soldados, gente del pueblo, centinelas, turibularios, arpistas. - La acción en Betulia y en el campamento de Holofernes.

ACTO PRIMERO



Una plaza en Betulia. Al foro, los ciclópeos lienzos de la muralla, y en el centro de ésta, protegida por dos fuertes torreones cuadrilobos, una de las puertas de bronce de la ciudad. A la izquierda, en primer término, resplandeciente de mármoles, el atrio del templo, sostenido por altas y pesadas columnas de granito, al cual se asciende por una espaciosa gradería. A la derecha, la fachada de la casa de Judith y la desembocadura de una amplia vía,

ESCENA PRIMERA

Eliacim, con sus factuosos ropajes y su tiara gemada de sumo sacerdote, orando en la gradería del templo; Ancianos y Pueblo, orando también al pie de la gradería; turbulencias, en el atrio, agitando rítmicamente sus turbidos de plata, sujetos por fargas cadenas de oro; músicos, acompañando la oración con sus salterios, en el primer tramo de la gradería, y Centinelas, inmóviles como estatuas, en las torres que custodian las puertas, abrazando sus anchos escudos y apoyados en sus largos lanzones. En las corazas y en los cascos centellea la gloria del sol.

ELI.—(Con los brazos tendidos al cielo.)
¡Oye nuestras súplicas, Señor de Israel!

PUE.—¡Oye nuestras súplicas, Señor de Israel!

ELI.—¡Tú, que nos libraste de la servidumbre de Egipto, de nuevo no dejes caer tu pueblo en más duras y odiosas cadenas!

¡Que no vuelvan grillos a ceñir tus pies! Tú, que el más soberbio Faraón domas-

hundiendo en las olas su inmenso poder—carros y corceles, soldados y armas, sepultado todo para siempre fué—

¡no dejes que siguen espadas asirias, sedientas de sangre, tu mística mies!... ¡Liberta a tu pueblo del fiero Holofer-

¡Protege a tus hijos, Señor de Israel!

PUE.—¡Protege a tus hijos, Señor de Israel!

ELI.—Tú que en el desierto de la roca magnánimo hiciste las aguas correr, para que bebiesen los labios sedientos, ¡haz que nuestros labios no mueran de

pues el enemigo cegó nuestras fuentes y en nuestras cisternas no hay ya que

¡Tú, que a los hambrientos diste en el maná, más dulce que panal de miel,

no dejes que mueran tus hijos de hambre, pues en nuestros trojes no hay ya que

¡Mó el enemigo bosques y sembrados... ¡Ampara a tus siervos, Señor de Israel!

PUE.—¡Ampara a tus siervos, Señor de Israel!

(Resuena un clamor de trompetas de guerra. La multitud se levanta estremecida y se dirige tumultuosamente a la puerta del foro. Solo Eliacim y los ancianos permanecen orando en la gradería.)

PUE.—(Dirigiéndose a las murallas.) —Resuenan cercanas trompetas de guerra...

—Las huestes regresan. —Corramos a ver...

(Al centinela, que se inclina sobre el muro.) —Centinela, dinos: ¿qué pasa en el campo?

¿qué nuevas advierten tus ojos en él? (Se hace un profundo silencio. El centinela se vuelve a la multitud profundamente emocionado.)

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? CEN.—(Al pueblo.) ¡Derrota!

PUE.—(Espavorido, cubriéndose el rostro con las manos. Los ancianos se mesan las barbas. Las mujeres sollozan. Pequeño silencio.) ¡Derrota!

CEN.—(Continúa observando.) Los nuestros, vencidos, huyen en tropel, tirando las armas... Arroja el asirio sus dardos... ¡Son tantos, que el sol no

¡Mis hijos! — ¡Mi padre! — ¡Mi es-

(Gritan y gesticulan como locos) CEN.—(Con un gesto de silencio.) ¡Silencio!

ELI Y ANC.—(Cayendo de nuevo de rodillas.) ¡Ampara a tu pueblo, Señor de Israel!

CEN.—(Vuelve a inclinarse hacia el campo. La multitud permanece inmóvil, aterrada, al pie de las murallas.)

De las altas cimas de Estelión, los nuestros, gritando descienden a todo correr...

Allá miro a Ozías, la espada en la mano... (no...)

Tinto está de sangre su blanco corcel...
Se interpone en medio de los fugitivos
y hacia los asirios los lanza otra vez...
Pue.—(Sin poder contener su entusiasmo.)
¡Victoria! ¡Victoria!

CEN. Deshace sus filas...
Su acero la muerte siembra por doquier... (quier...)

Duda el enemigo... Se retira... Huye...
y con más denuedo vuelve a acometer...
Retrocede Ozías..., pero se defiende...
¡Una fortaleza cada roca es!...

Saitan a pedazos corazas y escudos...
La sangre a torrentes se mira correr...
(La ansiedad del pueblo sigue atentamente el relato.)

¡Súlvose el ejército, gracias a su arrojo,
y a nuestras murallas se viene a recoger!

Pue.—¡Vamos a su encuentro!
—(Vamos a su encuentro!
(Salen por la calle de la derecha.)

ELI. y Anc.—¡Protege a tu pueblo, Señor de Israel!
(Mientras el pueblo desfila, Eliacim desciende lentamente del atrio y se aproxima a los ancianos.)

ESCENA II

Eliacim y los ancianos, conversando junto a la gradería del atrio.

ELI.—¡Para el valor trocáronse en estériles (fériles)
las fecundas entrañas israelitas!
¡Si los nobles guerreros cuyos huesos gloriosos esta tierra fertilizan
rasgasen sus sudarios y se alzaran de sus tumbas, al ver la cobardía de sus nietos, de nuevo, avergonzados, a sus viejos sepulcros tornarían!

Les ciegan los deleites de este mundo... (do...)

¡Corazones sin fe, almas vacías,
por ahorrarse una gota de su sangre a la Patria y a Dios inmolarían!
¡Y el Señor, ofendido con su pueblo, como res indefensa, le castiga a morir sin piedad bajo la espada de las feroces huestes enemigas!
Anc. 1.º—Del propio vientre maternal, nace corrupto ya... (el niño Eli.)

¡Y hasta las víboras aman más a la tierra donde brotan que ellos a la ciudad que les dió vida!
Anc. 2.º—¡Por un puñado de oro hasta

(los huesos de sus propios abuelos venderían!
Eli—Dios en sus corazones nunca ha entrado...)

Los visteis, hace poco: de rodillas...
con sus labios sin fe manchando el suelo,
pidiendo a Dios su protección divina...
¡En sus bocas tan sólo oraba el pánico y el temor de sentir la espada asiria rasgar sus pobres carnes, tan inmundas, que hasta los perros que, al nacer el día,

hazan hambrientos en los mula jares, como indigno festín despreciarían!
De Sodoma y Gomorra las infamias en la vieja Betulia resucitan,
desafiando de Jehováh la cólera...
Mas pronto ¡ay! de la ciudad maldita ascenderán las llamas a los cielos y esparcirán los vientos las cenizas.

ESCENA III

Dichos y Manasés, que entra precipitadamente por la izquierda.

MAN.—Eliacim!... ¡Eliacim!... Las huestes llegan...
¡Si vieras cuánto herido!... El pueblo (grita;

se mesa los cabellos, gime y llora;
muerte los labios y los puños crispas...
Alguien habló de paz, y esa palabra,
como si fuese fugitiva chispa,
corre de boca en boca y se transforma
en compacta y cobarde gritaría...
Para tratar la paz, tan sólo esperan
que del campo enemigo torne Ozias...
Eli.— ¡La infame boca que esa voz pro-

(nuncie,
la lepra se lo coma!... ¡Maldecida
por Dios será como la estéril planta
que ni los hombres ni aun las bestias
(pisan,

¡Oh Señor de Israel, grande y potente,
Señor de la Venganza y la Justicia,
pon en mi diestra el haz de vivos rayos
con el cual te mostrastes en la cima
de la montaña, cuando, al son del true-

(no,
diste a Moisés las Tablas de la Vida,
para abrasar con él a los traidores
que sus deberes con la Patria olvidan!
Yo les diré a esas turbas miserables
que al pensar en la paz a Dios irritan:
— ¡Desgarrad mis tálares vestiduras!
¡Pisotead esta sagrada insignia
de sumo sacerdote!— y si no logro
matar sus miedos y encender sus iras,
yo solo iré, con mis noventa años,
a clavarme en las lanzas enemigas!
(Sale, seguido de Manasés y de los ancianos,
por la calle de la derecha.)

ESCENA IV

Judith y Hegla, que salen de la casa de la
derecha.

Job.— Hegla, acércate a las puertas
de la ciudad. Vé qué pasa,
pues parece que del campo
alguna nueva es llegada.
¡Entras desgarrado el velo
M mi viudez, desgrefñadas

y cubiertas de cenizas
estas trenzas, en mi cámara
oraba al Señor, pidiéndole
la libertad de mi Patria,
algo así como un estruendo
de trompas trajo una ráfaga
de viento, al hinchar las ricas
cortinas de mi ventana,
espantando a las palomas
que en su alféizar se arrullaban.
Heg.— También su clamor he oído
mientras que con tus esclavas,
para hacér hitas y vendas,
estas manos desgarraban
tantos vestidos de púrpura
y tantos velos de plata,
que una ciudad, con su importe,
como Betulia compraras.
Job.— ¿Para qué quiero esas ricas
vestiduras y esas galas,
si hoy son polvo bajo tierra
los ojos que se alegraban
al contemplarme con ellas
revestida y ataviada?
Si se apagó en el silencio
infinito de la nada
aquella voz que en mi oído
dulcemente suspiraba:
— ¡Qué bien sienta a tu hermosura
esa túnica bordada
de perlas y esos collares
de zafiros y esmeraldas,
que en vez de adornar tu cuello,
con tu cuello se engalanan!...
¿Para qué esos atavíos,
si a quien el amor le falta
todo lo demás le sobra,
y hasta las mieles le amargan,
porque llegan a los labios
mezclados con nuestras lágrimas?...
Vé y pregunta por Ozias
a los soldados...

Heg.— ¿Le amas?
Job.— ¿Amarle?... ¡Cálitate, Hegla!
No hables de amor... Tal palabra,
o se profana en mis labios,
o ella a mis labios profana,
¡que es para el amor mi pecho
como una tumba cerrada!
¿Qué liviandad en mi has visto,
Hegla, cuando así me hablas?
¿Tu mano, acaso, condujo
a algún amante a mi cámara?
Al descorrer los tapices,
¿cuándo encontró tu mirada

junto al hueco de mis sienes
otro hueco en mi almohada?...

Sitial que ocupó mi dueño,
tálamo en que reposara,
antes que otro los profane
serán pasto de las llamas...

¡Y lo mismo que con ellos
hiciera yo con mi alma
si dejase que otro rostro
en su cristal se mirara!

Heg. — ¡Mas señora, como a Ozías
estimas tanto, pensaba
que él fuese la Primavera
que con su sol y sus auras
cubriese otra vez de rosas
el rosal de tu ventana!

Jub. — Al rosal muerto no hay brisa
que resucitar le haga.

Es verdad que estimo a Ozías
por su valor. Es su espada
la defensa de mi pueblo,
y si esa espada nos falta,
caerá Betulia con ella,
pues no podrán ampararla
ni los pechos de sus hijos,
ni sus altivas muralias.

(Proféticamente con voz misteriosa.)

¡Amor!... ¡Para fin más alto

Dios me tiene destinada!

Cuando todo esté perdido

para Betulia, y no haya

ni fe para sostenerla

ni valor para salvarla,

será esta mano tan débil

de mi pueblo la esperanza;

y lo que no consiguieron

sus guerreros con las armas,

habrá de lograrlo una

mujer por su Dios guiada...

¿Y cómo ha de amar a un hombre

quien ama tanto a su Patria?

(Le acomete de pronto una gran agitación.)

Heg. — ¿Qué tienes?

(Corriendo a ampararla.)

Jub. — (Confidencialmente con misterio.)
Escucha, Hegla.

Inmóvil y arrodillada,
sangrando bajo el cilicio
mi carne, anoche rezaba
en mi alcoba, a los fulgores
mortecinos de la lámpara
cuando de pronto en las sombras
miré extinguirse su llama,
cual si al sople de unos labios
invisibles se apagara,

y sentí en mis oídos

una voz que murmuraba:

— ¡Tú salvarás a Betulia

cuando no tenga esperanza!—

Calló la voz, y de pronto

volvió a encenderse la lámpara...

¡Para salvar a Betulia

el Señor habló a mi alma!...

¡Y aun a costa de mi vida,

te juro que he de salvarla!...

(Aparecen Eliacim, Aquior, ancianos y soldados por la derecha.)

Heg. — (Imponiendo silencio.)

¡Callad! Eliacim se acerca.

El nos dirá lo que pasa.

ESCENA V

Dichas; Eliacim, Aquior, ancianos y dos soldados que conducen a Aquior, Penetran todos por la izquierda, Judith y Hegla se les acercan.

ELI. — (A Aquior.)

Asíto encontrarás entre nosotros.

Contigo partiremos como hermanos

el pan, el agua y nuestra dura suerte...

Mas ¿qué móvil, Aquior, aquí te trajo?

AQUIOR. — Escuchadme, Eliacim. Oíd, mu-

jeres,

y vosotros también, nobles ancianos,

Como hambrientas bandadas de langos-

(ta

sobre el tierno verdor de los sembrados

Holofernes cayó sobre nosotros

y nos marcó su hierro como esclavos,

haciéndonos dejar nuestros hogares

y a servir en sus huestes obligándonos.

(A Eliacim.)

Ya sabes que estudié de los caldeos

la ciencia oculta y los conjuros mágicos

que descifran los sueños y predicen

el porvenir en los remotos astros.

(Pequeña pausa. Todos se agrupan en torno de Aquior.)

Sonó anoche Holofernes. Iba solo por florido jardín. Sus rudas manos, al pasar, deshojaban los rosales... De súbito sus ojos contemplaron una rosa más blanca que la nieve, cu, a belleza excepcional! atrajo. Tendió la mano... y al tocar la rosa, oculto un áspid le morrió en la mano... Inquieto y temeroso despertóse, y a interpretar su sueño me llamaron. Yo le dije: — Señor, esos rosales que fueron deshojándose a tu paso, son todas las ciudades que han caído bajo el bélico empuje de tu brazo; y Betulia es la rosa donde oculto áspid te hirió... Dirige tus soldados hacia otra ciudad; pues mientras quede en Betulia un espíritu esforzado que sea a su Dios fiel, jamás en ella rechinarán las ruedas de tu carro.— Y Holofernes, colérico, me dijo, cruzando mis mejillas con su látigo: — ¡Oh vil embaucador, para que veas el pavor que me infunden tus presagios, a Betulia te irás, y antes que muera cinco veces el sol en los espacios, en su plaza más amplia ha de arrancarte la lengua, de raíz, mi propia mano.— Sus gentes me trajeron a esos montes, donde, a un tronco de encina maniatado, hace poco, al volver de la refriega, me hicieron prisionero tus soldados. ¡Y aquí estoy, Elfacim! Aquí me tienes, rey sin cetro y corona, a ti entregado, como cautivo recental que aguarda, tendido el cuello sobre el blanco mármol, los fatídicos golpes del acero que ante el ara de Dios han de inmolar. Os dije la verdad, nobles varones... (lo. ¡Permita el cielo, si os mintió mi labio, que a mi presencia, ante mis mismos

(ojos, para que sirva a mi dolor de escarnio, mire morir mis hijos y violadas a mis mujeres en mi propio tálamo)

ELI. Tu acento, noble rey, es el acento de la sinceridad. (Abrazándole.) Toma mis brazos; y aquí libre serás, si somos libres, o con nosotros morirás luchando.

JUD. — (A Aquior.)

Mi casa es tuya. Fatigado vienes, y en ella encontrarás paz y descanso.

ELI. — Acéptala, Aquior. Otra más noble no hallarás en Betulia...

ANC. 1.º

retiro...

ANC. 2.º — Ni mujer más generosa.

ANC. 1.º — Su piedad de los pobres es (amparó.)

ELI. — Más bello que su rostro solo existe su corazón. Si todos los soldados que defienden los muros de Betulia tener pudieran de Judith los ánimos, desbaratado el enemigo huiría por esos montes, cual tropel de gamos que sienten en sus ancas las caricias de los agudos dientes de los galgos.

JUD. — No haced que se sonrojen mis mejillas

inmerecidas frases escuchando.

(A Aquior, dándole las manos.)

Mas tu faz de fatiga palidece.

Cruzarás esta puerta de mis manos, y contigo también entre en mi casa la bendición de Dios.

(Le hace entrar en su casa.)

¡Quedad, ancianos,

en paz!... ¡Que Dios nuestra ciudad em-

ELI. — (Bendiciéndola.) ¡pare!

¡El dirija también, Judith, tus pasos!

JUD. — (Al entrar.)

(¡El sueño de esta noche acaso pueda este sabio monarca interpretarlo!)

ANC. 1.º — (Señalando a Judith.)

¡Que alma más generosa!

ANC. 2.º ¡Otra no existe en Betulia!...

ELI. ¡Nosotros ahora vamos a la puerta de Belma, a ver si Ozías, vencido o vencedor, torna del campo! (Se van lentamente por la derecha.)

ESCENA VI

Soldado 1.º y Soldado 2.º

SOL. 1.º — ¿Esa es Judith de Betulia?

SOL. 2.º — ¡La misma. ¿No la conoces en lo humilde de su traje

¿y en lo altivo de su porte?
En los labios del que sacre
es panal de miel su nombre,
y es la bondad de su alma,
para las manos del pobre,
manantial que no se agota
por más que sin diques corre.

SOL. 1.^o—¿Y es rica?

SOL. 2.^o Muy rica. Guarda

en su almazara y sus trojes
todo el aceite y el trigo
que en Betulia se recogen.
Sus joyas son las más bellas,
sus viñas son las mejores,
y son tantos sus rebaños
que contarlos no hay quien logre.

SOL. 1.^o—¿Y cómo sigue viuda,
siendo rica, bella y joven?

SOL. 2.^o—Porque su virtud supera
a todas sus perfecciones.

Desde que murió su esposo
—ha tres años—, a los goces
de la vida renunciando,
en su cámara encerróse

lo mismo que en un sepulcro.

Y en ella las horas corren,
entre ayunos y cilicios,
y entre llantos y oraciones.

En vano a su puerta llaman
los más soberbios varones
de la ciudad, hasta Ozías!

pues del amor a los golpes,
por más que fuertes resuenen,
ni las abre, ni aun responde.

SOL. 1.^o—(Se oye un rumor de pueblo por
la derecha.)

¿Pero qué pasa? (Mirando por la esquina.)

¡Las turbas
se aproximan dando voces!...

SOL. 2.^o—Siempre, después de un com-
(bate,

iguales gritos se oyen...

Se abrazan a los heridos.

Y las cabezas esconden
bajo el manto, sollozando
como mujeres, los hombres.

SOL. 1.^o—¡Ay, qué va a ser de nosotros,
si el cielo no nos socorre!

(Penetran Eliacim y ancianos con un hombre
herido y gentes del pueblo.)

ESCENA VII

Dichos, Eliacim, Ancianos, Pueblo, Un hombre herido, y luego, Manasés y un Heraldo.

ELI.—¿Cesó la refriega?

HOMBRE HERIDO.—En las altas cumbres
se defiende Ozías igual que un león...

Sus huesos contienen a los enemigos.

¡A todo el ejército su arrojo salvó!

Sin él, bajo el filo de la espada asiría
perecieran todos al pie de Estellón,

como las espigas en la siega caen
bajo los certeros golpes de la hoz,

y los enemigos hasta esas murallas
llegasen bramando, locos de furor,

lo mismo que un ronco río desbordado
que rompiendo el dique que lo aprisionó

se lanza a los valles y lo arrasa todo
con la fuerza ciega de la inundación.

PUE.—¡Viva Ozías!... ¡Viva!

(Resuena una trompa de guerra.)

CEN.—(A Eliacim.) Del campo enemigo
se acerca un heraldo. (El pueblo grita.)

ELI.— ¡Callaos, por Dios!

¡Abridle las puertas! Dejadle que pase.

¡En nombre de todos voy a hablarle y!

(Manasés y los soldados se acercan a las
puertas y las abren. En ellas aparece el her-

aldo. La multitud permanece muda. Por las
puertas del foro se ven montañas lejanas,

doradas por el sol de la tarde. El heraldo
avanza lentamente, seguido de Manasés y los

soldados, en actitud provocativa, hasta el
centro de la escena. La multitud se abre para

dejarle paso.)

HER.—(Mirando a un lado y a otro con inso-

lencia. El silencio es profundo.)

Gentes de Betulia, doblad las cervices,

y con vuestros labios inmundos besad

la tierra que pronto será vuestra tumba,

porque os hablo en nombre de mi ge-

(neral,

del noble Holofernes, señor de más pue-

(blos

que astros tiene el cielo y arenas el
(mar)

Miles de ciudades cayeron al filo
de nuestras espadas. Su carro (triumfal),
que arrastran diez reyes, recorre la
(tierra).

La muerte y la ruina caminan detrás.
Bajo nuestras férreas pisadas, el suelo
se seca de espanto. ¿Quién resistirá
el bélico empuje de nuestros soldados?
¡Son tantos, que nadie los puede con-
(tar!

¡Si avanzan, parecen montañas que rue-
(dan!

¡Si gritan, semejan una tempestad!
¡Gentes de Betulia, en su nombre os
(brindo

la vida o la muerte, la guerra o la paz!
¡Si antes de tres días, cual viles esclavos,
(vos,

no os entregáis todos a su voluntad,
cual una tormenta de dardos y flechas
caerán sus ejércitos sobre la ciudad!

¡Todo será nuestro! ¡Haciendas y vidas!
¡De nuestros aceros no esperéis pie-
(dad!

Y vuestras esposas y vuestras donce-
(llas,

en vasos de oro vendrán a escanciar
vuestros propios vinos, puestas de ro-
(dillas

en el loco estruendo de la bacanal.
Y después sus labios, sobre vuestros
(lechos,

de amor y lujuria nos embriagarán.
¡Vuestra negra sangre correrá a to-
(rrentes,

y dioses y templos por tierra caerán;
y cuando los buitres acudan, voraces,
al olor de sangre, sobre la ciudad,

en la inmensa pira que lo abrase todo
como mariposas se irán a quemar...

Si os rendís cobardes, esclavos seréis.
Si lucháis de nuevo, la muerte esperad;

¡que así Holofernes castiga a los pueblos
que oponerse intentan a su voluntad!

Pue.—(Amenazante, al heraldo. Los solda-
dos le contienen.)

—¡En la cruz clavemos al heraldo!
—¡Ahorcadle!

—¡Desolladle vivo!
—¡Aquí morirá!

—¡Que muera!
—¡Que muera!

Anc.—(Al pueblo.) ¡Silencio!

Pue. ¡Quemadle!
(El heraldo permanece en actitud desafiante.)

Anc.—¡Silencio!

Man. ¡Silencio! Eliacim va a hablar.
(Se hace un gran silencio.)

Ell.—(Desde la gradería.)
Dí, siervo, a tu dueño, que Betulia nun-
como vil esclava se le rendirá, (ca

mientras haya hierros con que forjar
(armas

y brazos que puedan con ellas matar.
¡Que humilte en el polvo su cerviz idó-
(atra

antes que fulmine sobre ella Jehováh,
los rayos potentes de sus justas iras
y jefe y ejércitos destruya a la par!

¡Márchate a tu campo! Si vuestros sol-
(dados

son tantos que nadie los puede contar,
si al andar parecen florestas de lanzas
y sus gritos fingen una tempestad,

sobre esas murallas, más firmes que
(montes,

su esfuerzo y sus bríos se irán a estre-
(llar

como en los recodos de la abrupta playa
se estrellan bramando las furias del
(mar.

¡Vete, y dí a tu amo mi respuesta, sier-
(vo,

y agradece al cielo que libre te vas!
(La multitud acoge con un murmullo de apro-
bación las palabras de Eliacim.)

Her.—(Sin dejar su actitud provocativa.)
¡Por cada cabello que de mí arranquéis,
a millares vuestras cabezas caerán!

(Disponiéndose a partir.)
¡Gentes de Betulia, mi mensaje oísteis!
¡Vuestros miserables cuellos preparad
para el sacrificio, que antes de tres días
de Betulia sólo ruinas quedarán!

(El pueblo, enloquecido, amenaza al heraldo.
Manasés y los soldados procuran contenerlo.)
Pue.—¡Muera! ¡Muera! ¡Echadle una so-
(ga al cuello

y arrastradle luego por nuestra ciudad!
—¡Con un ariete al campo enemigo
su cabeza trunca sangrando arrojad!

—¡Como a un perro hambriento, matad-
(lo a pedradas!

(Los ancianos se interponen. Eliacim desclavó.)
Ell.—(Tendiendo los brazos a la multitud.)
¡Por el santo y puro nombre de Jeho-
(váh,

mi voz os conjura, gentes de Betulia!
Dejadlo que salga...

PUE.—(Sin dejar su actitud.) ¡No tened
(piedad!

HER.—(Con gesto de desatino.)

¡Cobardes!

(Hay un momento en que parece que van a despedazarle. Los soldados retroceden. Uno del pueblo coge una piedra. El heraldo permanece sereno.)

ELI.—(Interponiéndose.) ¡Detente!

PUE.—(Una mano dispara una piedra que rebota en el casco del heraldo. Se disponen a acometerle.) ¡Toma, miserable!

ELI.—(Cubriendo con su cuerpo al heraldo.)
¡Antes de tocarle, matadme! Aquí están mi sagrada insignia y mi débil cuerpo...

¡Esta insignia y este cuerpo apedread!

ANC.—(Interponiéndose.) ¡Deteneos!

(El pueblo retrocede.)

ELI.—(A los soldados.)

¡Soldados, guardad al heraldo!

Yo mismo su vida voy a custodiar.

¡Y si algún cobardé quiere herirle, antes

sobre este cadáver tendrá que pasar!

(Se dirige a la puerta del foro, siguiendo al heraldo; tras él caminan los soldados, Murasés y algunos ancianos.)

PUE.—¡Dejadlo! ¡Dejadlo! Salgamos al

(campo

de Belma.—Salgamos la hueste a espe-

(rar.

—Va a llegar Ozías.—¡Vamos a su en-

(cuento,

que es su firme brazo nuestra libertad!

(Sale el pueblo por la derecha.)

ANC.—(Al salir, trabajosamente apoyados

en sus báculos.)

—¡Ampara a tu pueblo, Dios de los ejér-

(citos!

—¡Libra de enemigos a nuestra ciudad!

(La escena permanece sola un instante. Por

la puerta del foro, abierta, se ve el campo.

Aparece Judith. Viene envuelta en un manto

de púrpura, la cabeza ceñida por una diade-

ma deslumbrante de pedrerías. La siguen

Aquior y Hegla, que lleva en las manos un

espejo de plata y un rico cetro con velos y

joyas.)

ESCENA VIII

Judith, Aquior y Hegla.

Aquior.—¡Persistes en partir?

Jud. Señor, ¿no has visto

la angustiada tristeza de mi pueblo?

Esas madres famélicas que pasan

sollozando y mesándose el cabello,

sin dar savia a sus hijos, porque el ham-

ba cegado la fuente de sus senos. (bre

Esas pobres viudas que sollozan

cubiertas de ceniza, como espectros,

acurrucadas sobre los umbrales,

el rigor de su suerte maldiciendo.

Tanto herido que expira, revolcándose

de dolor, en su sangre, sobre el suelo,

sin que mano piadosa acerque el agua

hasta sus labios, por la fiebre secos.

Huérfanos que pululan por las plazas

como perros sin dueño..

Tanta casa vacía, y por las calles

puñéndose, insepultos, nuestros muer-

Secas están las fuentes y agotados (tos.

los viveres. Luchardo, sucumbieron

los más valientes. En Betulia sólo

quedan mujeres, débiles enfermos,

niños y ancianos; brazos que no pueden

ni alzar las hondas, ni esgrimir los hie-

¿Cómo va a resistir al enemigo? (ros...

Entrarán al asalto sus ejércitos,

y aun en la poca sangre que nos queda

faciarán el furor de sus aceros.

¡Señor, Señor, dale a mi débil brazo

el vigor de los robles y el certero

herir del rayo, para que él liberte

de pesadas cadenas a tu pueblo!

Aquior.—¡Calma, mujer! ¡Refrena tu

(impaciencia;

templa tu voluntad como el acero,

para que puedas realizar triunfante

el alto fin que te destina el cielo!

Mrs... ¿sabes dónde vas?

Jud. Donde me guía

la mano del Señor. Desde hace tiempo,

a todas horas, en mis oraciones,
la voz de Dios declame en secreto:
—¡Parte al campo enemigo, Judith, par-
(te,
que en él conseguirás librar tu pueblo!
Tú me has dicho, Aquior, que esa voz
(santa

seguir sin treguas ni temores debo.
Aquior.—Mas, ¿qué piensas hacer?
Jud. No pienso nada.
Cumplir la orden divina. Y si perezco,
¿qué importa que yo muera, si mi sangre
puede salvar la vida de mi pueblo?
(Dirigiéndose al cielo.)

¡Señor, Señor, yo soy tu pobre sierva
y tus santos mandatos obedezco!
Aquior.—Yo no quiero enfriar tus en-
(tusiasmos
con mi experiencia. Prosigue el sendero
que Dios te marca, porque estoy seguro
que tornarás triunfante de tu empeño.
Para el poder de Dios todo es posible.
Quien sacó de la nada, el mar, los cie-
(los

y la tierra quien tantas maravillas
creó con sólo un soplo de su aliento,
¿cómo no podrá hacer, si así lo quiere,
que se convierta en realidad tu sueño,
y al gavilán destroce la paloma
y devore a los lobos el cordero?
Parte al campo enemigo: y por si acaso
en alguna ocasión, como me temo,
necesitas un brazo que te ampare,
toma este anillo que ciñó mi dedo,
pregunta por Oreb, mi pobre hermano,
y a él, sin temores, en mi nombre, mués-
(Le da un anillo.) (trato.)

Jud.—(Colocándose el anillo. A Aquior.)
Gracias, gracias, señor. (A Hegla)
Tráeme mis joyas,
las más hermosas; los más ricos velos;
todo cuanto realce mi hermosura...
Porque soy bella aún... Dame ese es-
(pejo.

(Toma el espejo y se contempla en él, admira-
rada de su belleza.)
Hace ya tantos años que no he visto
en él mi rostro, que al mirarme siento
la curiosa emoción que siente el niño,
mezcla alegre de orgullo y de respecto,
al ver por vez primera en un estanque
reflejado el reflejo de su cuerpo.
(Recreándose en su contemplación.)

Aun fulguran ardientes mis pupilas
como si fuesen dos diamantes negros;

aun son bellas y puras mis facciones
y largos y ondulosos mis cabellos,
y aun florece en la rosa de mis labios
la tentación fragante de los besos.
Cíñeme mis puñeras, mis ajorcas;
ajusta a mi tiara el largo velo;
agobia de sortijas estas manos
y carga de collares este cuello,
blanco y suave como el de las tórtolas
que se arrullan de amor en los viñedos.
(Hegla cumple las indicaciones de Judith. Se
oye a lo lejos el griterío de las turbas.)

ESCENA ULTIMA

Dichos; Eliacim, Manesés, Ancianos, Solda-
dos y Pueblo. El pueblo invade tumultuosa-
mente la escena dando pruebas de un gran
dolor. Las mujeres se mesan los cabellos; los
hombres se desgarran los mantos. Por la
puerta del foro aparece el cortejo fúnebre.
Delante, Eliacim y los ancianos; el
cadáver de Ozías, conducido por cuatro ca-
pitanes, sobre un broquel. Detrás, soldados.
La gente se agrupa en torno del cadáver.

Pue.—¡Cayó muerto Ozías! ¡Cayó muer-
(to Ozías!

—¡Nuestras esperanzas murieron con
(él!

—Señor, ¿quién, ahora, salvará a tu
(pueblo?

—¡Miradle, allá viene! ¡Cuatro capita-
(nes

portan el cadáver sobre su broquel!
Aun empuña el hierro su mano crispada,
como si aun quisiera defendernos.

—¡Ved:
tiene siete heridas sangrando en el pe-
(cho

y lleva tres flechas clavadas también!—
Sol.—(Conduciendo lentamente el cadáver
hasta la gradería.)

—¡Paso!—¡Paso!—¡Paso!...

(El pueblo contempla el cadáver con dolor y
respeto.)

PUE.—(Tendiendo los brazos al cielo.)
—¡Cayó muerto Ozias!
—Sin él, de Betulia, Señor, ¿qué va a (ser?)

ELI.—(Al pie de la gradería. A los capitanes.)

¡El cuerpo del héroe que cayó luchando por salvar la Patria, a Dios ofreced! Subidle hasta el atrio. A los pies del ara santa, capitanes, sus restos tendid.
(Los capitanes suben el cadáver. Solloza la gente.)

¡Que fiote el incienso! ¡Que giman las (arpas, y a su son, doncellas, los velos romped y llorad, que ha muerto nuestro único (apoyo...)

¡Cayó el valeroso león de Israel!
(Los arpistas pulsan las arpas. Los turibularios agitan los incensarios. Las mujeres rasgan, llorando, sus velos y los arrojan en la gradería.)

¡Vosotros, soldados, jurad que a los cielos nobles aceros jamás volveréis (tos mientras en la sangre de los enemigos la muerte del héroe vendada no esté!

(Los soldados permanecen inmóviles, abatidos. Se hace un silencio profundo. Judith, apoyada en el brazo de Aquior, contempla emocionada la escena desde el umbral de su casa.)

PUE.—(Como despertando de un letargo.)
—¡Que cese la guerra!—¡La paz deseamos!

(Se forma un tumulto. Algunos soldados tiran sus escudos.)

UN HOMBRE.—(Adelantándose a Eliacim.)
Eliacim, ¿lo oyes? ¿Para qué emprender de nuevo la guerra, si de hambre y de (fiebre

los brazos no pueden las armas tener?

OTRO HOMBRE.—(A Eliacim.)
¡Si cayeron tantos que pudieran juntos formar una nueva torre de Babel!

HOM. 1.º—No tenemos casa para tanto (herido!

¡En nuestros molinos no hay ya qué mo- (ler!

HOM. 2.º—Cogió el enemigo fuentes y (acueductos,

y Betulia entera se muere de sed.

(La muchedumbre asiente, gritando y estrechando el círculo en torno de Eliacim y los ancianos.)

ELI.—(Con energía.)
¡Si el hambre os acosa, morded vuestros puños;
si la sed os quema los labios, bebed vuestra propia sangre, antes que delan-

(te de estos nobles restos de la paz habléis!
HOM. 1.º—No tenemos hierros con que (forjar armas.

ELI.—Las tiene el asirio. Por ellas co- (rrred.
ANC.—(Al pueblo.)
¡Vengamos a Ozias! ¡Vengad esta san- (gre!

PUE.—Sin fuerzas ni armas, ¿qué vamos (a hacer?
(El pueblo grita y gime desesperadamente.)

JUD.—(Mostrándose al pueblo, fulgurante de belleza en la fastuosidad de su atavío, toda envuelta en su manto de púrpura, como bañada en su propia sangre. La tarde empieza a declinar.)

¡Por el santo nombre del Señor, silen- (cio!

¡Gentes de Betulia, mi voz atended!
(Desciende hasta el centro de la escena.)

PUE.—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Que Judith (lo ordena!

—Ella es nuestra gloria.—¡Nuestro am- (paro es!

¡En Dios confiamos! Es verdad que (Ozias

allá yace muerto sobre su broquel.

Mas ¿qué lengua infame a decir se atre- (ve

que las esperanzas murieron con él?
Todo se ha perdido... pero Dios nos (queda.

¿No hundió a los egipcios? ¿Por qué no (ha de hacer

que ahora, como entonces, se salve su (pueblo,

si nada limita su inmenso poder?

¿Tenéis sed y hambre? Saquead mis (trojes;

matad mis rebaños, mis vinos bebed,
repartid mis joyas.. Es vuestra mi ca- (sa...

¡Aquí de sus puertas las llaves tenéis!
(Saca del manto un manojo de llaves de plata y las arroja a la multitud, que admira la

contempla.)

PUE.—(Reaccionando.)
¡Viva Judith!—¡Viva!

JUD.—(Profética.) Gentes de Betulia,
en vez de, cobardes, la paz pretender,

doblad las rodillas en la dura tierra
y al Señor de nuevo los brazos tended,
pidiendo que nunca nos niegue su am-

(paro...)
¡El ha de salvarnos, si tenemos fé!
¡Lo que no pudieron conseguir los hom-

(bres,
por su Dios guiada, lo hará una mujer!
(Asciende por la gradería. La multitud atóni-
ta, se va arrodillando.)

ANC.—(A Judith.)
¿Qué intentas?—¿Qué intentas?

JUD.—(Al pueblo, cerca del atrio.)
De rodillas todos.

Al campo enemigo me marchó. La fe
me muestra el camino. Si antes de tres
(días
no sois libres todos, la paz acoged.

Esperad tres soles. ¡Orad por mi suerte,
y al Señor pedid que amparo me dé!
(Se arrodilla en el último tramo y colóca sus
manos sobre el cadáver.)

¡Que yo, por la sangre caliente del
(héroe,
en el santo nombre del Dios de Israel,
por su gloria os juro, puesta de rodi-

(llas,
que antes de tres días ya libres seréis!
Eli.—¡Señor, no nos dejes de tu mano!
(Alzando los ojos al cielo. Después se vuel-
ve a Judith.)

Dime,
en el campamento, ¿qué intentas hacer?

JUD.—(Empezando a descender la gradería.)
Yo nada sé. Cumpló de Dios los desig-

(nios.
¡Vosotros, piadosos, cumplidlos tam-
(bién!
¡Y cuando en el campo contrario una

(antorcha
entre las tinieblas contempléis arder,
gritando de júbilo, a Dios dadle gra-

(cias
porque del asirio ya libres seréis!
(A Eliacim.)

Bendigan mi frente, Eliacim, tus ma-

(nos.
(Eliacim coloca sus manos sobre la frente de
Judith.)

¡La sangre de Ozías yo la vengaré!
(Se alera, seguida de Hegla, entre la multi-
tud, arrodillada.)

¡Adiós, pueblo mío!
(Volviendo el rostro al traspasar la puerta.)

Eli.—(Arrodillado en la gradería.)
Oremos, oremos.

(Resuenan las arpas y ondean los incensa-
rios.)

¡Protege a tu sierva, Señor de Israel!
(Judith, con el último rayo de sol, desapare-
ce por la puerta del foro.)

¡Protege a tu sierva, Señor de Israel!
(Todos inclinan la cabeza. Hasta los centine-
las, en los torreones, oran también.)

TELÓN LENTO.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

La tienda de Holofernes, sostenida por cuatro pilares de bronce, que semejan troncos de palmera, cubierta de pieles de leones, sedas multicolores y fabulosos tapices con escenas bárbaras de guerra y caza. En algunos de ellos se ven los espantosos suplicios a que los asirios sometían a los prisioneros. En otros, un cortejo real. Batallas. En uno, la imagen de Gilgames estrangulando un león. Al fondo de la escena, una enorme y pesada cortina de púrpuras, franjeada de oro. A la izquierda, en primer término, el trono, sostenido por toros alados, bajo un dosel de seda roja. A la derecha, la entrada de la tienda, oculta por una cortina de púrpura. En la penumbra centellean los reflejos acerados de las armas y de los arneses. Una amplia alfombra cubre el pavimento. En los cuatro ángulos de la tienda, cuatro lámparas de oro, y una enorme de tres brazos en el centro. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Holofernes, Rodopis, un Copero, cortesanas y esclavos. (Holofernes descansa apoyado en un codo sobre un lecho de púrpura, al lado del trono. Cerca de él, puesto de rodillas, un copero le escancia el vino. Dos esclavas, con ánforas de oro, arrodilladas también, junto al copero. En el centro de la escena las cortesanas tocan arpas y laúdes. Bajo la luz de la lámpara Rodopis canta.)

ROD.—(Cantando.)
Amor es niño travieso
que juega con su dolor...
Se adormece con un beso...
¡Duérmete en mi boca, amor!

HOL.—(A las cortesanas.)
¡Que cesen las músicas!.... ¡Escancia
(más vino!)
(Al copero. El copero escancia el vino en una
copa de oro. Holofernes bebe de un trago y
se vuelve a las cortesanas.)
¡Vuestros cantos sólo pueden alegrar
a las cortesanas viejas, que su lino
hilan a la roja lumbre del hogar!
¡Entretenimiento de los indolentes,
afeminaciones de todo festín!...
¡Para los valientes,
mejor que las arpas resuena el clarín!
Oyéndole, el héroe su broquel embra-
(za
y el corcel relincha. ¡Tan sólo a su son,
bajo la coraza,
estalla de orgullo nuestro corazón!
ROD.—(Acercándose a Holofernes.)
Mi señor, ¿qué tienes? Si nuestras can-
(ciones
no son de tu agrado, podemos danzar...
¡Que la danza aleje tus preocupacio-
(nes
y alegren sus giros tu adusto mirar!
(Se disponen a danzar.)
HOL.—¡Que encienda a los viejos, las

(civa, la danza)
¡Mis ojos tan sólo se alegran al ver,
a un bote de lanza,
bajo mi caballo al rival caer!
Sintiendo en la alfombra saltar vues-
(tras piernas)
me aburro y bostezo de disilusión,
como en sus cavernas,
ahito de carne, bostezo el león.
(Apura la copa y se la entrega al copero.)

Rod.—(Arrodillándose cerca del lecho.)
¡Si el canto y la danza te causan agra-
(vicio,
para tus caprichos, aquí están, señor,
mis brazos, mis labios,
mis ojos de llamas y mi seno en flor!
¡Píde lo que quieras! Cuanto tengo es
(tuyo...)

¡Mas déjame, al menos, tus plantas be-
pues será mi orgullo, (sar,
a tus pies, besándote, de amor espirar!
Hol.—¡No calmas las bascas de mi abu-
(rrimiento.

Amor, rosa fresca del camino es...
¡Se aspira un momento,
y al aire, marchita, se arroja después!
Y otra rosa..., y otra... Mas todas igua-
(les...)

El mismo perfume nos viene a embria-
(gar...)

¡En vez de rosales,
me gusta cabezas humanas segar!
Para el débil, fiestas, y para el guerrero,
los potros, las lanzas y el áureo juez...
¡De vino, copero. (Al copero.)
mi copa hasta el borde! léname otra vez!
(El copero vuelve a escanciar el vino y le
entrega la copa.)

Rod.—(Insinuante.)
Florece las rosas. Es la primavera.
El león sus hombros persigue... El amor,
de amor estremece la creación entera...
¿Por qué tu leona no buscas, señor?

Hol.—Amor aprisiona con frases me-
(iosas;
amor, aunque dulce, cautiverio es...
¡Podrán ser de hierro, mas nunca de
(rosas)
serán las cadenas que opriman mis pies!
¡Más vino, copero! Amor embaraza,
agota el vigor...

¡Con menos trabajo que aquesta coraza,
del cuerpo y del alma me arranco el
(amor!

Rod.—Pero amor no huye. Es niño tra-
(vieso
que adora el peligro... Mariposa loca
que vuela, sabiendo que muere en un
(beso,
a besar las vivas llamas de tu boca.
(Le besa.)

Hol.—(Apartándose despectivamente.)
Aparta tus labios... Su contacto es frío
como el de un reptil.

¡Siempre el mismo beso nos produce
(hasífol
¡Deja que el león duerma solo en su ca-
(bill

Sueña con su presa...
Despierta... ¡No intentes su sueño tur-
(bárl

¡Su boca devora todo cuanto besa,
y sus garras matan al acariciar!

Rod.—(Aproximándose de nuevo.)
Si tus garras matan, aquí está desnudo
mi seno de nieve. ¡Qué mayor placer
que, como el guerrero que muere en su
(escudo,
presa entre tus brazos de amor pere-
(cer!

Hol.—¡Escancia más vino! Inventad,
(mujeres,
caricias que puedan mis fiebres saciar:
O nuevos dolores, o nuevos placeres...
¡Algo que me abrase y me hiele al parl
(Mirando a Rodopis mientras bebe.)

Tus brazos ebúrneos, tus hombros tan
(blancos
que a su lado negros los armiños son;
tus turgentes senos, tus mórbidos flan-
(cos,

a mis rudos ojos dan la sensación
de esas esculturas que de las riberas
floridas de Grecia, hasta la amplitud
de nuestras ciudades, traen nuestras
(galeras

para que afeminen a la juventud.
Eres sólo mármol, y me maravillo,
mirando tu cuerpo labrado a cincel,
como no levanta mi mano un martillo
y ruda no abate tu torso con él,
hasta que, deshechos por mis martilla-
(zos,

tus miembros de piedra sintiese temblar,
y al suelo sattanen, rotos a pedazos,
igual que una estatua que cae de un al-
(tar.

Déjame tranquilo; no me hables de amo-
(res...)

Pues, ¿cuándo ha podido soñar tu ambición,
prendido por una cadena de flores,
llevar de tus manos sujeto un león?
(La rechaza con violencia. Las cortesanas se refugian en un ángulo, temerosas de Holofernes.)

ESCENA II

Dichos, el Heraldo, Vagao, Capitán 1.º, Capitán 2.º y capitanes.

VAG. — (Asomándose a la puerta.)
¡Señor! De Betulia regresa el Heraldo,
y tus capitanes se acercan con él.

HOL. — ¡Déjalos que entren!
HER. — (Entrando y arrodillándose ante Holofernes.)

¡Señor!
HOL. — ¡Habla pronto!
¿Qué respuesta dieron?

HER. — Os relataré.
HOL. — ¡Basta de relatos! ¿La paz, o la guerra?

HER. — La guerra prefieren.
HOL. — ¡Perros de Israel!

HER. — Al pueblo reunido, junto al viejo templo
de sus falsos dioses, en tu nombre ha-
(blé;

y me amenazaron sus manos crispadas,
y más de una piedra rebotó en mi arnés.
HOL. — (Alzándose violentamente.)

¡Puesto que lo quieren, saciaré en su
(sangre
la sed que me abrasa! Haré demoler
murallas y templos. Arderán sus casas,
y luego sus campos de sal sembraré.
Sobre sus escombros, para que el via-

(jero
por siempre recuerde mi inmenso poder,
a cincel tallado, con letras de oro,
un pilar de dura piedra erigiré
que diga a los siglos: «¡Esta fué Betu-
(lia;

a Holofernes quiso desobedecer...
Tuvo templos, torres, miles de habitan-
(tes,
y hoy tan sólo ruinas y sepulcros es!)
(Volviéndose a los capitanes.)

¡Basta, capitanes, de ocios vergonzoso-
(sos);
a vuestros soldados, prestos, dispuestos
para la contienda, que mañana mismo
a la lid de nuevo os conduciré!

¿No os causa vergüenza que tan gran
(ejército
ante esas murallas detenido esté,
y que ante un puñado de hombres re-
(trocedan
soldados que nadie vió retroceder?

CAP. 1.º — ¡Vamos al asalto!... Si tú nos
(conduces,
¿qué brazo a tu brazo se puede oponer?

CAP. 2.º — ¡Aunque de Betulia fuesen
(las murallas
más altas y firmes que el monte de
(Oreb,
y las defendieran más hombres que are-

(nas
el «Simoun» arrastra, la verás caer,
si tú nos conduces mañana al asalto,
igual que una esclava rendida a tus
(pies!

HER. — ¿Qué peto resiste tus golpes de
(lanza?

¿Qué poder iguala tu inmenso poder?
HOL. — ¡El amor y el juego gangrenan
(las tropas...

Mas juro que ahora remedio pondré!
(A las cortesanas, que tiemblan.)

¡Viles cortesanas, no más a mis brazos
con vuestros hechizos las fuerzas qui-
(téis;

salid de mi tienda: y si mis pupilas
en ella a miraros llegan otra vez,
haré que os azoten hasta que la sangre
en chorros de púrpura bañe vuestra
(piel,

o ese cuerpo inmundo, sujeto a la cola
de cuatro caballos, descuartizaré!
(Salen medrosamente las cortesanas.)

¡El león despierta! ¡Temblad, betulia-
(nos,

que mañana mismo su rugido oiréis!
(A Vagao y a los esclavos.)

¡Traedme mi casco de oro! Cefídmeme
la espada más ancha y el más fuerte
(arnés!

(Los esclavos le ciñen la coraza, la espada y le dan el casco.)

¡Escanciad, coperos, vino para todos!
Las frágiles copas de plata romped.

(El copero se prepara a escanciar.)

¡El guerrero, el vino lo bebe en su
(casco!

¡El vaso más digno de sus labios es!

(El copero escancia vino en los cascos.)

¡Brindad por la guerra! ¡Brindad por la
(sangre

que en Betulia vamos mañana a verter!
(Los capitanes alzan los cascos llenos de vino.)

CAP. 1.º — ¡Por ti brindaremos!

HER. ¡Porque pronto mireis,
señor, a Betulia, rendida a tus pies!

(Salen Holofernes y los capitanes.)

ESCENA III

Vagao y el Copero.

COP. — (Viendo salir a Holofernes con su séquito de capitanes.)

¡Cómo se marcha, Vagao!...

Jamás le ví tan colérico...

Sus ojos arden en ira.

VAG. — Razón tiene para ello,
porque es baldón y vergüenza
de cuantos ciñen acero

que unas murallas tan débiles
detengan tan grande ejército.

COP. — ¡En diez años de combates,
en los que fueron cayendo

al pie de nuestros corceles
tribus, ciudades y reinos,
no hubo pueblo que tuviera
la arrogancia de ese pueblo,
que hace ya más de tres lunas
que, al amparo de esos cerros
y sus débiles murallas,
paraliza nuestro esfuerzo!

VAG. — Siempre son más peligrosos
y dañan más al guerrero,

que el enemigo de fuera,
los enemigos de dentro.
La indisciplina, el desorden
y los vicios, son los nuestros.
El juego, el amor y el vino
hacen en el campamento
más estragos que la peste...
Son de Betulia el esfuerzo,
pues sin ellos estaría
en nuestro poder la tierra,
y ni aun cenizas quedarán
de esos muros tan soberbios.

COP. — (Bajando la voz con misterio.)

Además, entre las tropas
cunde la traición y el miedo,
y a veces basta una chispa
para causar un incendio.

Castigó a Aquior-Holofernes
justamente; pero temo

que, como el rey ammonita
tiene súbditos y deudos
entre nosotros, se trame
alguna infamia en silencio.

(Bajando aun más la voz.)

Se dice que Oreb, su hermano,
se prepara...

VAG. ¡No le arriendo
la ganancia! Cuando llegue
Holofernes a saberlo,
tendrá Oreb menos seguro
sobre los hombros el cuello
que si estuviese en el aire
suspendido de un cabello.

Además, Oreb, ¿qué gana?

¡Si su hermano Aquior ha muerto
descuartizado en Betulia,
con la ayuda de los nuestros
podrá aspirar a ceñirse
la corona de su reino!

(Resuena un clamor de trompetas de guerra.)

COP. — (Escuchando.)

¿Oyes? Resuenan las trompetas...

¿Qué ocurre?

VAG. Vamos a verlo.

Tal vez congregue Holofernes,
para ultimar sus proyectos,
a todos los valerosos
capitanes de su ejército...

Vámonos... (Se dispone a partir.)

COP. — (Viendo dos copas llenas que han
quedado cerca del trono.)

Bebamos antes.

VAG. — (Tomando una copa y bebiendo.)
A tu salud.

COP. Por ti bebo.
(Salen por la entrada que habrá cerca del trono.)

de sus llagas, la mano, al pasajero, bajo sus mantos haraposos tienden...
(Se aproxima a Judith.)

JUD.—(Rechazándole con un gesto.)
¡Apártate de mí, perro sarnoso!
¡Calla tus torpes labios insolentes!
MEG.—¿Porque soy un soldado me desprecias?

ESCENA VI

Judith y Hegia (encubiertas), y Megabizes.

MEG.—¡En mal hora llegáis al campamento!

No medraréis en él, porque Holofernes—según he oído murmurar—acaba de echar de su recinto a las mujeres de vuestro oficio, y las que aquí mañan por interés o por óvido queden. (na, serán ahorcadas de esos viejos saucos que bañan su ramaje en la corriente. Y como así suceda, y de las ramas, como espantajos, vuestros cuerpos
(cuelguen,
¡qué buen festín van a tener los buitres!

¡Muchos habrá que envidiarán su suerte!

JUD.—¿Qué has encontrado en mí para que, osado,

tu impúdico mirar me confundiese con esas meretrices que a la sombra de un bardal, o a la orilla de una fuente caminante, por un velo nuevo (te, y un puñado de dátiles se venden?

¡Mirame bien! (Descorriendo el velo.)
MEG.—¡Cuanto mejor te miro, más incitante y bella me pareces!
¡Jamás he visto rostro como el tuyo ni talle más gentil! Si no estuviese aquí, en la tienda de Holofernes... Va que sería capaz, por poseerte, (mos, de vaciar en tus manos esta bolsa,
(Saca una bolsa de cuero con oro.)

aunque después que mendigar tuviese de senda en senda, como esos mutilados

que al resonar los claros cascabeles de alguna caravana, aullando salen, y mostrando las rojas hediondecas

¿Porque mi casco en el airón no tiene gallardas plumas, ni mi alfanje joyas, ni es de plata mi udo coselete?

¿Porque no vistó púrpura ni seda, yacer conmigo en un bardal no quieres?
¿Soy un viejo leproso? ¿Un etfope?

¿Que es falso el oro de mi bolsa crees? Suspéndela en tus manos... ¡Toma y mi-
(ra,

y podrás por tí misma convencerme!
(Le entrega la bolsa. Judith retrocede.)

JUD.—¡Mucho más que tus frases injuriosas

la villanía de tu acción me ofende!
(Le tira la bolsa.)

¡El oro que en mis manos dan tus manos, mi desprecio a la cara te devuelve!

MEG.—(Recogiendo la bolsa y haciendo un esfuerzo para contenerse.)

¡Si aquí no te encontrases, buena pieza, yo sabría domar tus altiveces.

(Se vuelve a acercar.)
Vamos, refrena un poco tu soberbia;

¡que ciudades más altas y más fuertes asahó mi valor! Sé razonable...

(Judith retrocede.)
JUD.—Si a dar un paso junto a mí te

auxilio pediré, o en tu garganta hundiré este puñal, si nadie viene.

(Coge un puñal de un trofeo.)
MEG.—(Retrocediendo ante la amenaza.)

¡Basta, basta, mujer! No quiero riñas...

¡No me gusta reñir con las mujeres!
En la tienda te dejo... y, ya lo sabes,

a tu disposición mi bolsa tienes...
Que aquí te condujera Oreb me dijo...

Ya cumplí su mandato... (Va a irse.)
JUD. ¡Ven!

MEG. ¿Qué quieres?
JUD.—¡El hermano de Aquior!... ¿Tú le

(conoces?

MEG.—¡Cómo no conocerlo, si es mi jefe!...

Capitán más gentil no ciñe espada ni cabalga guerrero más valiente.
¿Lo conoces también?

JUD. — ¡No le conozco,
mas quiero y necesito conocerle!

MEG. — (Con ruda ironía)

¡El tendrá más fortuna que yo tuvel...

JUD. — (Descubriéndose y mostrando un brazaletes.)

¿Ves, soldado, este rico brazaletes?

MEG. — (Asombrado.)

¡Si llevas en tu cuerpo más tesoros
que acumulados en sus arcas tiene
Naburodonosor en Babilonia!

JUD. — Pues bien: tuyo será si me prome-
decirte que Aquior... (tes)

MEG. — (Con ansiedad y misterio.)

¡Habla más bajo,

que peligrar nuestras cabezas pueden!

¿Has visto a mi señor? ¿Aun vive?...
(Habla.)

JUD. — (Mostrándole el anillo de Aquior.)

¿Conoces este anillo?

MEG. — Lo vi siempre
en sus dedos... ¡Oh, deja que la mano
que ahora lo lleva, arrodillado, besel!
¿Aun vive?

(Cae de rodillas y le besa la mano.)

JUD. — Y vivirá, si tú me ayudas.

MEG. — (Alzándose.)

¡Fiel será a mi señor hasta la muerte!
Y si todos sus siervos y soldados
pensasen como yo, vería el jefe
del ejército asirio cómo vengan
las nobles ammonitas a sus reyes.
¡Cobardes y cobardes! Yo diría
al general: — ¡Si tú no nos devuelves
nuestro señor, alzamos las banderas
en contra tuya! — En vano Oreb se en-

(ciende

de rencor y de rabia, y llora y gime,
y de ira y de furor los puños muerde...
¡Todos dicen que aguarde!

JUD. — (Ansiosa, en voz baja.)
Escucha..., escucha.

De parte de su hermano marcha a verle;
digo que viste este anillo, y confiada
vengo a sus brazos. Porque no sospe-

(chen,

que me siga en la sombra vigilante,

y que en ella mis órdenes espere.

Tú podrás avisarme cuanto ocurra.

¡Yo te juro, si el cielo me protege,
salvar la vida de Aquior..., vengarle!

MEG. — (Saliedo.)

¡Cuando cumpla tu encargo, aquí me
(tienes!

ESCENA V

Judith y Hegla.

JUD. — (Desfallecida.)

Esclava, estoy temblando... Tengo mie-

Heg. — ¿De qué, señora, di? (do.)

JUD. — De todo cuanto
me cerca, de mí misma. Me da espanto
mi propia voz. Y en mi camino cedo
sin fuerza, sin valor, de tal manera,
que si al correrse la tapicería
Holefernes ahora apareciera,
de miedo ante sus plantas moriría.
(Tendiendo los brazos al cielo.)

¡Ampárame, Señor, no me abandones!

Sostén mis fuerzas y mis pasos vela...

¡No dejes que perezca tu gacela
en esta madriguera de leones!

Heg. — No hay remedio. Procura sere-
(narte.

Ten, Judith, confianza en tu destino...

Si el mismo Dios te señaló el camino,

¿cómo podrá al final abandonarte?

JUD. — (Como el viese lo que describe.)

Salimos de Betulia. Sonreían
los niños en los muros. Los ancianos,
tendiendo al cielo, en la oración, las
(manos,

mi frente, silenciosos, bendecían.

Y entonces, al mirar enloquecido
mi pueblo por el hambre y por la gue-

resca paz mi corazón hubiese sido (rra,

del mayor sacrificio de la tierra!

Mas al mirar borrarse con la tarde

la ciudad, flaquearon mis rodillas,

y una lágrima, trémula y cobarde,

surgió la palidez de mis mejillas.

(Estremecida de horror.)

Después... ¡de miedo el corazón esta-
(lla!

¡El campo atravesamos, espantando
a los cuervos que estaban devorando

el sangriento festín de la batalla!

¡Qué horror! ¡Qué horror! Cadáveres,

(heridos
que agonizan de sed, carros volcados,
juramentos, blasfemias y gemidos,
y un galopar de potros desbocados.
Todo pasó en saugrienta pesadilla...
¡Y la primera estrella fulgurante
que en un charco de sangre tiembla y

(brilla
como en manto de púrpura un diamante.
Al rodar de los carros retumbaba (el
la cóncava montaña. Parecía
que la bóveda azul se desplomaba
y la tierra de pánico se hundía...
¡Aquel olor a sangre! ¡Aun lo respiro
en mi ropa, en mis manos y en mi alien-

(to!...
¡Todo a mi alrededor, Hegla, lo miro
como a través de un velo muy sangriento

(to!
Me desmayé... ¿Recuerdas? La prime-
(ra

patrulla nos detuvo.
Heg. En tal instante
enmudeció tu voz, y tu semblante
tomó una mustia palidez de cera.

J. D.—A sus jefes mis joyas deslumbraron,
(ron,

y quisieron los dos hacerme suya.
Las espadas, furiosos, desnudaron...
Mas llegó, por fortuna, otra patrulla;
su cap tán, valiente, se interpuso
entre los dos rivales cuando, fieros,
iban a acometerse los aceros,
y conteniendo su furor dispuso
que un soldado a esta tienda nos traje-

(ra,
atravesando el campamento, para
que Holofernes en ella me entregara
a aquel que su capricho decidiera...
(Pausa, Tendiendo los brazos al cielo.)

¡Señor, dame valor!
Heg. Es tiempo. Huyamos...
Protegerá la noche nuestra huida...

¡Vanos pronto, señora!
Jud. ¿Dónde vamos,
si la espada nos cierra la salida?

Heg.—¿Qué vas a hacer?
Jud.—(Recuperando la energía.)

Desatiar la suerte
y ser conmigo misma inexorable...

¿Por salvar esta vida miserable,
mi pueblo voy a condenar a muerte?

¡De los asirios nunca será esclavo!...
(Alzando el puñal.)

¿Ves el puñal que al aire se levanta?

¡Al entrar Holofernes se lo clavo
hasta la guarnición en la garganta!
(Escende el puñal.)
Heg.—¿No temes que después la turba
(fiera,
ansiosa de vengar su sangre, vaya
a Betulia y no deje ni siquiera
una piedra segura en la muralla?

ESCENA VI

Dichas; Assur, S'arzer y Capitanes.

CAP.—(Señalando a Judith.)

¡Allí la tenéis!

SHA.—(Señalando a Judith.)

¡Aquí la tenemos!
Sobre estos escudos vamos a jugar
la cautiva. Todos el juego veréis...
¡Aquí, capitanes, los dados están!
(Tiende el escudo y sobre él los dados. Se
disponen a jugar.)

¡Juguemos! ¡Juguemos!

Ass. Antes de jugarla,
tengo que advertiros que yo la apresé.

SHA.—Mi mano primero desgarró su tú-
(nica...

Dilo tú, cautiva... (A Judith.)

JUD. Señor, no lo sé.

SHA.—¿Qué tú no lo sabes? En la encru-
(cijada,

¿quién te ha dado el alto? Vamos, dillo,
(¿quién?

Ass.—¿No fui yo? Contesta...

JUD. Señor, no recuerdo.

SHA.—Yo rasgué tu manto.

Ass. Yo tu velo alcé.

SHA.—¿Tampoco recuerdas?

Ass. ¿Eres muda?

SHA. ¡Habla!

CAPITAN VIEJO. ¡Dejadla que hable! Res-
(ponde mujer.

JUD.—Tan sólo recuerdo que entre los
(soldados

que me detuvieron a los dos hallé.

¡Que los dos quisisteis desgarrar mi té-
(nica,
y a los dos, en vano, piedad supliqué!

CAPITANES.—(Interviniendo.)

¡Jugadla! ¡Jugadla!

SHA. Que rueden los dados,
y a aquel que le toque, se la lleve.

(Se dispone a tirar los dados.)

Ass.

¡Bien!

La partida acepto. ¡Nos la jugaremos,
pero ya os he dicho que yo la apresé!

SHA.—(Levantándose.)

¡Mientes!

Ass.—(Cogiendo por un brazo a Judith.)

¿Que yo miento?... ¡Pues ahora es mía!

SHA.—¡Por Baal te juro que mía ha de
(ser!

Ass.—(Desnudando la espada.)

¡Ven por ella! Anda... Mas mi acero em-
(puño,

y puedes, si avanzas, tropezar con él.

SHA.—(Desnudando la espada y disponiéndose
a acometerle. Los capitanes se interponen.)

¡Puesto que lo quieres, con el mío ahora
la esclava y la vida té arrebataré!

CAPITANES.—¡Qué hacéis! Deteneos...

Ass.—(Desafiante.)

¡Llega..., si te atreves!

CAPITAN VIEJO.—¡Que dos hombres riñan
(por una mujer!...

(Van de nuevo a acometerse, cuando aparece
Holofernes.)

ESCENA ULTIMA

Dichos; Holofernes, Vagao, Corero y solda-
dos. Los combatientes permanecen en un án-
guo, con Judith y los capitanes.

HOL.—(Entrando y fijándose en los dados.)

¡Afuera, tahures, donde yo no os vea!
¡Qué nobles ejemplos dáis a los solda-
(dos!

¡Los escudos sirven para la pelea,

pero se deshonran jugando a los dados
¡Así mis mandatos respeta el guerrero!
Para hacer al juego también los hono-
(res,

sobre los escudos jugarme ahora quiero
las torpes cabezas de los jugadores.
(Todos permanecen inmóviles cerca del trono.

Decidme: ¿qué pasa? ¡Aceros desnudos
y en mi propia tienda!...

Los dados tirados sobre los escudos...
¿Qué mala jugada movió la contienda?

¿Qué os pasa, guerreros? Decid: ¿qué
(tenéis?

Entre vuestras manos tiemblan las es-
(padas...

¿Lo que habéis perdido al juego que
(réis

ahora, capitanes, ganar a estocadas?
Decidme: ¿qué os pasa? Hablad. ¿Es-
(táis mudos?

Assur, ¿qué murmuras? Sharazer, ¿qué
(rezas?

¡Lo mismo que hago con vuestros escu-
(dos

haré, si me place, con vuestras cabe-
(zas!

(Da un puntapié a los escudos y los arroja en
medio de la escena.)

SHA.—(Babucente.)

Cuando al campamento de la lid volvía
a esta cortesana hice prisionera.

Que era presa suya Assur pretendía...
HOL.—¡Que dos hombres riñan por una
(amera...!

SHA.—Para evitar riña todos convini-
(mos

a la prisionera jugar a los dados...
¡A hacerlo negóse Assur... y rehímost!

HOL.—¡Que por una hembra riñan dos
(soldados...!

¿Tan poco oro queda en vuestra escar-
(cele?

¿Vendisteis las armas? ¿Tan pobres es-
(táis,

cuando por las joyas de una mujerzuela
vuestra noble sangre verter intentáis?

¿Se rindió Betulia? ¿Ya no hay enemi-
(gos?

¿Ya no quedan muros que asaltemos,
(fieros,

cuando así queréis en pechos amigos
probar la firmeza de vuestros aceros?

Si anhelan mujeres vuestras moceda-
(des;

si el amor ardiente os quema en sus lias,
 (mas, mujeres tenéis en esas ciudades
 donde aun no flotaron nuestros orifla-
 (vas)...
 ¡Ganadías con vuestras espadas glo-
 (riosas)
 Mañana en Betulia las tendréis más be-
 (llas,
 porque sus mujeres son las más hermo-
 (sas
 que danzan amores bajo las estrellas!
 ¡Betulia sus ricos fragantes harenas
 a nuestros alfanjes abrirá mañana!
 Ass.—(Adelantándose.)
 ¡Señor, un instante que escucharnos
 (tienes!
 La cautiva es una joven betuliana.
 La apresó esta mano, y me corres-
 (ponde,
 según nuestras viejas costumbres de
 (guerra...

SHA.—(Interponiéndose.)
 ¡La presa fué mía!
 HOL.—(A Judith, que permanece inmóvil
 arrebujada en su manto.)
 ¡Cautiva, responde!
 ¿Quién te ha aprisionado?
 JUD.—(Temblando.) (Su mirar me aterra.)
 HOL.—(Acercándose a Judith, que tiembla de
 espanto.)
 Vamos, habla pronto. Dime quién ha
 (sido...

JUD.—(Temblando.)
 Los dos me apresaron...
 Ass.—Mas yo fui el primero.
 SHA.—No; fui yo...
 HOL.—¡Callaos! (Imperiosamente.)
 JUD.—(De rodillas.) ¡Compasión te pido,
 señor, de rodillas!
 (Al arrojarse se le cae el puñal.)
 HOL.—(Reparando en el puñal.)
 Ma ¿por qué ese acero,
 cautiva, escondías bajo tu vestido?
 JUD.—(Procurando distraer su turbación.)
 Señor, ese acero mi mano guardaba
 para libertarme de mi negra suerte...
 (Volviéndose a los capitanes.)
 ¡Nunca, ¡capitanes, seré vuestra esclava,
 porque al cautiverio prefiero la muerte!
 HOL.—(Contemplándola con admiración.)
 ¡Bravo arranque! ¡Alza, que mirar an-
 (hele
 si eres bella como eres arrogante!
 (Judith se alza.)

¡Si no lo levantas, rasgaré tu velo,
 que estoy impaciente por ver tu sem-
 (blante!

JUD.—(Timidamente, alzando el velo.)
 Puesto que lo ordenas, mi velo levanto.
 (Holofernes queda extático contemplándola.)
 HOL.—(Acercándose más aún.)
 Eleva, orgullosa, tu altiva cabeza...
 ¡Despoja tu cuerpo del peso del manto!
 (Judith se despoja del manto, que cae al sue-
 lo, y aparece en todo el esplendor de su be-
 lleza.)
 ¡Jamás vi belleza como tu belleza.
 (Pequeña pausa. Se aproxima y le coge una
 mano.)
 ¡Por una mirada
 de tus negros ojos,
 yo diese mi espada,
 mi arnés, mis corceles y mis elefantes,
 mi casco de guerra,
 y todas las joyas, perlas y diamantes
 que en sus camarines Babilonia encie-
 ra!
 ¡Tu cautivo fuera
 si me encadenases con tu cabellera
 en la cárcel rosa
 de tus senos bellos!
 ¿en dónde se alzan tus altares, diosa,
 que a mis propios hijos te inmolaré en
 JUD.—(Con timidez.) (ellos?
 No soy cortesana.
 Yo soy una pobre mujer betuliana
 que huyó de Betulia. Buscando un se-
 (guro,
 a tu noble tienda, señor, he venido...
 ¡Paloma asustada que regresa al nido
 y rama de hiedra que busca su muro!
 ¡Préstame tu amparo, calma mis afanes,
 si no quieres verme, ¡oh noble guerrero!
 morir en las garras de los gavilanes
 o apiastada bajo los pies del viajero!
 ¡Mi señor, escucha!...
 De Betulia he huido... En ella no que-
 (do
 recursos, ni armas, ni brazos que pue-
 (dan
 los nobles aceros blandir en la lucha.
 ¡A Dios olvidaron mis torpes hermanos,
 y Dios sus castigos ha puesto en tus
 (manos!
 Ayer, combatiendo, cayó muerto Ozías,
 su brazo el apoyo de Betulia era...
 Sobre sus murallas, antes de tres días,
 verás a los vientos flotar tu bandera.
 ¡Ahórrate la sangre de bravos guerre-
 (ros,

que los betulianos no son digna presa
de vuestros aceros!

¡En la guerra cesal!

¡Al león, leones, pero no corderos!

¡Que envaine la espada tu brazo biza-
(rrol...)

¿Para qué batirlos, si antes de tres días,
entre aclamaciones, por sus amplias vías
tronarán las áureas ruedas de tu carro?
Hol.—(Acercándose a ella.)

¡Mis ojos bendigo
porque te han mirado!

¡Mujer de Betulia, te quedas conmigo!

¡Serás a mi lado

la flor más preciada,

la más noble ofrenda,

el botín más rico que guarde mi espada
bajo el rojo y áureo dosel de mi tienda!

¡Vosotros, guerreros,

que con los aceros

os la disputáis,

como los tesoros

de un rico y espléndido botín dos ban-
si tan solo ansiáis (didos)

las gemas, los oros

que adornan y esmaltan sus nobles ves-
(tidos,

aquí los tenéis! Ajorcas, diademas,

áureos brazaletes, collares de gemas...

¡De los dos es todo! También repartíos

—¡oh bravos soldados!—

la túnica egregia que, con sus bordados
y sus estavios,

encubre el misterio

de sus formas bellas, como dos rivales
monarcas que parten en trozos iguales
el manto de púrpura de un glorioso im-
(perio!

(Durante esta relación va despojando a Judith
de todas sus joyas y se las entrega, las de la
derecha, a Assur, y las de la izquierda, a
Sharacer. Al final desgrana la túnica y arroja
sus pedazos a los dos guerreros, envolvién-
dola en su propio manto.)

¡La paz reine en todos! ¡Cesó la que-
(relia!

Fué en vano el estruendo de vuestra
(porfia...

Las joyas son vuestras... La mujer es
(m'a...

¡Y ahora, quien se atreva, que venga
(por ella!

(Toma en sus brazos a Judith y descorriendo
la cortina del fondo, se dispone a llevársela,
mirando fieramente a los capitanes.)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Repositorio de Holofernes. Al foro, una cortina de púrpura, franjeada de oro, que al descorrerse se dejará ver la decoración del acto anterior, gustosamente ahajada para un festín. A la izquierda, en primer término, una puerta que da al campo; a la derecha, otra puerta más pequeña, cubierta por un rico tapiz. Al lado de ésta un pilar de bronce, y cerca del pilar, cubierto por ricos cortinajes de púrpura, formando un pabellón cuadrícula, el lecho de Holofernes. Una lámpara de plata arde cerca del pilar iluminando la escena. Arneses de guerra. Piel de tigres y leones por todas partes. Tapices con asuntos bárbaros de caza y guerra. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Hegla y Megabizes, conversando con recelo junto a la puerta de la izquierda.

Heg. — ¿Vienes de la ciudad?

Meg. En este instante acabo de llegar.

Heg. ¿Qué te dijeron?

Meg. — Nuestro plan les expuse, cuando (todos, desesperados ya, faltos de alientos, a abrir las puertas si el esirio estaban para rendirse a discreción dispuestos. Dudaron de Judith.

Heg. ¿Por qué?

Meg. Decían, sus torpes brazos elevando al cielo, que a racionarnos iba, enamorada de Holofernes. Su nombre maldijeron..

Heg. — ¡No saben que por ella hace tres (días

que el asirio detiene sus ejércitos al pie de esas murallas!... Si quisiera Judith, mi ama, traicionar su pueblo, de la vieja ciudad no quedarían ni aun frágiles cenizas en el viento!
Meg. — Así dijo Aquior, y sus razones las iras de las turbas contuvieron... y cinco mil valientes, emboscados en las frondosas selvas de esos cerros, nuestra señal esperan impacientes, conteniendo en sus manos los aceros, para caer, aullando como lobos, y pasar a cuchillo al campamento.

Heg. — ¿Y las gentes de Oreb?

Meg. Ya prevenidas, nuestra señal aguardan en silencio.. Degollarán las guardias, las patrullas; las tiendas quemarán, para que el fuego devore, con sus llamas crepitantes, lo que dejen con vida los aceros... Y cuando el sol alumbre esas montañas, tan sólo quedarán del campamento cenizas y carbáveres y humo...

¡No hay tiempo que perder! ¡Llegó el (momento!

En su tienda Holofernes esta noche, en unión de sus más nobles guerreros, celebra el mito de la primavera

con un festín magnífico y espléndido...
Y, como de costumbre, de la orgía
todos los capitanes saldrán ebrios.
¡Cuando rendidos en sus tiendas duer-

(man,

a todos, sin piedad, degollaremos!
Judith tendrá que decidir... Nosotros
su señal aguardamos; pero temo
que todo será inútil, porque falte
a su brazo vigor y fe a su pecho.
Confiar en mujeres es lo mismo
que entregar a una nave sin gobierno
a las volubles olas de los mares
y a los vagos caprichos de los vientos.
Heg. — Una antorcha encendida en esta
(puerta
será nuestra señal...

Heg. ¡Ya lo veremos!
¡A Oreb voy a avisar... y, vigilante,
junto a esa puerta, la señal espero!
(Se va por la izquierda. Aparece por el foro
Holofernes con su séquito.)

ESCENA II

Hegla, Holofernes, Vagao y guardias. Hegla
se detiene al verlos.

Hol. — (A los coperos.)
¡Que para la orgía todo esté dispuesto!
¡A mis capitanes voy a congregarl!
¡Los mejores vinos servid esta noche!
¡Las copas más ricas al festín sacad!
(A Hegla.)
Y tu dueña, esclava, ¿en dónde se en-
(cuentra?
Heg. — ¡Ha tiempo encerróse en su es-
(tancia a orar!
Hol. — Pues dile que venga... Cuando
(no la veo,
parecen mis ojos que ciegos están.
Yo voy un instante a dar una vuelta
por el campamento. ¡Las arpas pul-
(sad!...
¡Escanciad los vinos!... ¡Que empice
(la fiesta,
que mañana vamos a Betulia a entrar!
(Sale por la izquierda con el séquito. Vagao
y los coperos desaparecen tras la cortina del
foro.)

ESCENA III

Judit y Hegla. Hegla golpea la puerta de Ju-
dit; ésta aparece en el umbral.

JUD. — (Impaciente.)
¿Qué te dijo el soldado?
Heg. — (En voz baja.) Que tu pueblo
dispuesto está para asaltar el campo.
Nuestra señal esperan tus valientes
en los cercanos montes emboscados...
JUD. — ¡Date, Señor, serenidad a mi al-
y certeza y vigor al débil brazo. (ma
para que caiga, como tronco herido,
a mis pies Holofernes! (Tiembia.)
Heg. — (Acercándose) ¡Judith, ¡nimol!
JUD. — (Suspirando, abriéndose toda a la vo-
luptuosidad de la noche.)
¡Yo no sé qué dulzura tiene el aire
esta noche! ¡Hace poco, cuando al cam-
(po,

de orar en esos bosques regresaba,
sentí un ansia de vida y un extraño
anhelo de beber en una ráfaga
el salvaje perfume de esos prados,
todos llenos de flores, cual si fueran
de algún amor resucitado el tálamo!
Heg. — (Con misterio.)
Señora, es que esta noche resucita
Adoné, el dios mancebo a cuyo paso
las ramas, y las almas y los cuerpos,
florecen otra vez... El dios sagrado
de los asirios..., el Amor..., la Vida...,
según le llaman...
JUD. — (Como ebria.) Resonaba un vago
temblor de flautas, y a sus armonías
juntaba el ruiseñor sus dulces cánticos,
y los dos cantos juntos eran como
la música divina de los campos!
Me detuve al pasar. Miré mi rostro
en la fuente que surge entre los álamos,
y al ver pasar el agua que corría
entre las verdes ramas suspirando,
ansias sentí de desgarrar mi túnica,
y desnuda entregarme a los halagos
de la corriente, cual si fuese una
flor arrancada de su débil tallo...
(Se queda inmóvil y pallidísima.)
Heg. — (Con misterio.)
Es la vida que torna. Es que no quiere

morir el corazón... (En voz baja.)

¿Amas, acaso?

JUD.—(Espantada, como quien teme que le descubran una llaga que oculta orgullosamente.) ¿A quién, Hegla?

HEG.—(En voz baja.) A Holofernes.

JUD.—(Palidece y le tapa la boca con la mano.) ¡Calla! ¡Calla!

¿Tan vil me juzgas? Si por un milagro su recuerdo en mi pecho penetrase,

fuera capaz mi mano aun de arrancar mi corazón del pecho para luego a sus pies pisotearlo...

¡No habies de amor!... Esa palabra, Hegla,

es una maldición para mis labios...

(En un arranque desesperado.)

¿Ves mi brazo tan débil?... Esta noche a mi ciudad libertará este brazo.

(Un copero descorre la cortina. Aparece en todo su esplendor el festín.)

ESCENA IV

Dichos; Holofernes, capitanes y coperos.

HOL.—(De pie en la entrada del reposorio.) Regreso al momento...

Voces. — ¡Bebamos! ¡Bebamos!
¡Hol.—(Desde la cortina.)

¡Nobles capitanes, que empiece el festín!

Voces.— ¡Con la primavera Adoné despierta,

y toda la tierra parece un jardín!

(Los coperos escancian vino.)

HOL.— ¡Llenadme mi vaso de oro, que brindar por Judith!... (anhelo)

(Ayanza hacia el centro con una copa de oro colmada de vino en la mano, Judith, al ver a Holofernes, se estremeca. Hegla permanece en un ángulo envuelta en su manto.)

ESCENA V

Judith, Hegla y Holofernes.

HOL.—(Presentando un vaso a Judith.)

¡Mujer de Betulia, consume este vaso

que mi mano pródiga para tí escancié!
¡El vino, la amante fiebre en que me

(abrazo,
en vez de apagarla, más viva encendí!
El vino es alegre festín de locura...

Hace a los ancianos rejuvenecer;
¡por eso el racimo, cuando el sol ma-

(dura,
se hincha como un líbrico seno de mu-

(jer!
De antiguas vendimias me evoca canta-

(res...
¡En mis mocedades fui vendimiador,
y mis propias viñas pisé en mis lagares,

danzando al sonoro batir del tambor!
¡La guerra me brinda vendimias mejo-

(res,
y al bañarme en sangre siento la em-

(briaguez
que sienten, danzando, los vendimiado-

(res
cuando los racimos salpican sus pies!
Vinos como estos, no vieron tus ojos...

Tan sólo tus víces dan otro mejor...
¡Aquel que en la copa de tus labios ro-

(jos,
hecho miel de besos, escancia el amor!

(Se aproxima a Judith, la cual retrocede temblando.)

Siempre estás temblando... ¿Qué temor

(te aqueja?
¡Mujer de Betulia, a mis brazos ven!...

¡Apura mi vaso, pero en cambio deja
que el tuyo mis labios apuren también!...

(La intenta abrazar; ella lo esquivá.)
¡Judith, bebe y ama!... Tus glorias son

(esas...
¿Por qué, si te busco, de mí te retiras?

Si anhelo mirarte, ¿por qué no me mi-

(ras?
Si anhelo besarte, ¿por qué no me be-

(sas?
JUD.—(Aproximándose humildemente.)

¡Tiende la paloma su vuelo, asustada,
si mira en los aires cerperse el halcón!...

¿Cómo, señor, quieres que ante tu mi-

(rada
no huyan las palomas de mi corazón?

Manda cuando gustes. Soy tu pobre

(sierva...
La rosa entre espinas muestra su alti-

(vez)
la violeta humilde se esconde en la

(hierba...
¡Mi amor es violeta, porque es tímidez!

¡Tú a tu lado tienes
rosas a millares para tus harenes,
y para tus labios besos más preciados
que los que mis labios te pudiesen dar!
Timida violeta que brota en los prados,
¿cómo tus sandalias voy a perfumar?
yo seré por siempre tu esclava sumisa;
tras de tus miradas irá mi sonrisa
como un escudero tras de su señor.
Seguiré, sangrando, tus carros triunfa-

(les;
seré la cisterna de tus arenales
y de tus oasis seré el ruiseñor.
Y cuando regreses de alguna contienda,
bajo el tembloroso lino de tu tienda,
limpiarán mis manos de polvo tu arnés.
Y para que nada perturbe tu sueño,
cual perro celoso que vela a su dueño,
en tanto que duermas, velaré a tus pies.
(Apura el vaso)

Hol.—(Enloquecido.)
¡Sigue, sigue hablando! Flor de las mu-
(jeres,
dime lo que sueñas, dime lo que quieres,
pues para halagarte,
sua más que le pidas mi amor ha de
(darte)

¡Si anhelas riquezas, a fieras lejanas
por oro y por mirras, por sedas y pieles
irán mis bajeles
y los dromerarios de mis caravanas!
Mis hordas, rugientes como tempesta-

(des,
saquearán palacios, templos y ciudades,
para regarte, cual botín de guerra,
diademas, anillos, ajorcas, collares,
¡todos los tesoros que oculta la tierra
y todas las perlas que ocultan los ma-
(res)

¡Si anhelas honores,
echaré a tus plantas para que los hue-
(lles,
los mantos de todos los emperadores
y los áureos cetros de todos los reyes!
¡Y para alto ejemplo
del amor que, avaro, para ti atesoro,
suscitado sobre columnas de oro,
te alzaré un palacio que parezca un
(templo
donde, mientras, ruda, mi mano degüe-

(lla
por ti la más pura y hermosa doncella
y fiota el incienso y tañen laudes,
surjas fulgurante de gemas, ¡oh her-
(mosa!

en un altar de plata, igual que una
(diosa,
ante el fanatismo de las multitudes!
Jud.—(Herida en lo más vivo de su senti-
miento.)

¡Señor, no blasfemes!
Cállate.. ¿No temes
que abrase tus labios la ira del Señor?
Sólo Dios reparte premios y favores...
¿Qué son las riquezas, que son los ho-
(nores
que como presentes me brinda tu amor
ante lo infinito de la eternidad?...
Fuera de Dios... humo... ¡Todo vani-

(dad!...
También, Holofernes, mi Dios es gue-
(rrero.
La noche es su manto, el rayo es su
(acero,
y los huracanes sus corceles son...

Y cuando retumba su carro de guerra,
se estremece el cielo, retiembla la tie-
(rru,
cual si a desplomarse fuera la Crea-
(ción!

Hol.—¡En dioses no creo!
Los buscan mis ojos, pero no los veo...
Sólo he visto piedras talladas, con nom-
(bres
antiguos y extraños, a quienes los hom-
(bres

levantan altares y van a adorar.
Todos son creaciones de picapedreros.
¡Dioses verdaderos
no han visto mis ojos en ningún altar!
¿Habitan los montes o los mares? ¿Dón-
(de,
bello betuliana, su poder se esconde?
Dí dónde se ocultan, que yo iré a bus-
no para adorarlos... (carlos,
¡Jamás mis rodillas doblé en sus alta-

(res)
¡Puesto que ellos causa de tantos pesa-
y miserias son, (res
iré en son de guerra
a que le devueivan la paz a la tierra,
o a hundir mis aceros en su corazón!
Jud.—¡Cállate, sacrilego! Pon una mor-

(daza
de hierro a tu boca, que al cielo amena-
(za.
¡Dios no hay más que uno! ¡El Dios de
(Israel!

¡Dobla las rodillas y humíllate a él!
¡Aparta, blasfemo! ¡Me causas horror!..

Si tu amor ardiente mi sangre inflama-
 (ra,
 con mis propios dientes mis venas ras-
 (gara
 para que por ellas se fuese tu amor!
 HOL.—Con tal que calientes mi tálamo
 (helado,
 con tal que tu boca su vino me dé,
 con tal que tus ojos contemple a mi la-
 (do,
 a tu Dios, de hinojos siempre adoraré...
 Mañana en Betulia al pie de su altar,
 cuatrocientos bueyes ornados de flores,
 y hasta mis doscientos guerreros mejo-
 (res
 por mis propias manos verás inmolar!
 (Se oyen músicas y voces en el salón.)
 ¡Adiós, betuliana, me voy a la orgía!...
 ¡Ya sabes, hermosa, que capaz sería,
 por un beso tuyo, de adorar tu Dios!
 Al pie de tus muros planté mis reales...
 ¡Oye mi mensaje! ¡Si dentro de dos
 horas no me rindes honores triunfales,
 pasaré a cuchillo la ciudad sitiada!
 (Descorre la cortina y aparece el festín. To-
 dos permanecen inmóviles a la presencia de
 Holofernes.)

JUD.—¡Mi respuesta ahora escucha, se-
 (ñor!
 ¡Amor, nunca, nunca se rindió a la es-
 (pada;
 que amor solamente se rinde al amor!
 (Holofernes deja caer la cortina y desapa-
 rece.)

ESCENA VI

Judith, Hegla y Voces.

JUD.—(Como si la abandonasen las fuerzas.)
 ¡Sosténme, Hegla!
 HEG.—(Amparándola en sus brazos.)
 ¿Qué tienes?... De repente
 apagóse el fulgor de tu mirada
 y mortal palidez cubrió tu frente...
 Estás, Judith, tan pálida y helada
 cual si del fondo de una sepultura
 te acabaras de alzar en este instante...
 ¡El sudario que envuelva tu hermosa
 menos blanco será que tu semblante,

y tu fúnebre losa menos fría,
 que estas manos!... ¿Por qué no te se-
 (renas?
 JUD.—¡Si me sangrasen, Hegla, de mis
 (venas

ni una gota de sangre brotaría!
 (Tendiendo las manos al cielo.)
 ¡Gracias, Señor, que a respirar me
 (atrevo!
 Exhalaba su voz, cuando me hablaba,
 un acre y agrio olor a vino nuevo,
 que el alma y los sentidos me embriaga-
 (ba.

Y hay veces que a su voz siento mi vida
 encogerse medrosa de repente,
 como un ave que tiembla sorprendida
 por la fascinación de la serpiente.
 ¡Olvidar un momento intento en vano
 sus negros ojos, donde el alma asoma!..
 ¡Tienen voracidades de milano
 y dulces timideces de paloma!
 A veces, irritado, me parece
 un león que rugiendo hasta mí llega,
 y de angustia mi carne se estremece,
 y un obscuro pavor mis ojos ciega,
 ¡Gracias, gracias, Señor! ¡Cuando el
 (violento

zarpazo mi garganta amenazaba
 y sobre mi semblante jadeaba
 la cálida lujuria de su aliento,
 tú le diste a mi voz las seducciones
 de aquellas reinas viejas fabulosas
 que unían a su carro los leones
 con cadenas de lirios y de rosas!
 (Resuenan músicas de arpa.)

HEG.—El festín va a empezar. El arpa
 (suena;

quizá puedan sus mágicos cantares
 serenar tu inquietud, como serena
 la blanca luna a los revueltos mares.
 (Judith, refugiada en los brazos de Hegla,
 escucha inmóvil la música como si se fuese
 adormeciendo.)

UNA VOZ.—(Dentro, acompañada del arpa.)

Es la primavera...
 la tierra florece...
 ¡De amor se estremece
 la reacción enteral
 Son lechos de aromas
 los huertos cercanos,
 y en las verdes lomas
 fingen las palomas
 arrullos humanos.
 ¡Manos sensuales,
 al campo, a bañaros

de aromas carnales!
¡Bocas lujuriosas,
al campo, a besaros,
rosas entre rosas!
La tierra cubierta
de lirios en flor...
¡Adoné, despierta!
¡Resucita, Amor!

Voces. — ¡Dentro, chocando las copas.)

¡Adoné, despierta!
¡Resucita, Amor!

JUD. — (Como quien despierta de un sueño.)
¿Esa voz de ensueño en ti no despierta
el dulce recuerdo de aquellos cantares
que, hilando, escuchamos junto a nues-

(tra puerta,
romper el silencio de los olivares?
¿o aquellas canciones que al morir el

(día,
mientras que en la fuente que brota en
(la umbría,
nuestros rojos cántaros de agua se lle-

(naban,
con las negras sombras del monte ba-
llenando la tarde de melancolía! ¡jaban

Hea. — ¿No será que acaso, de nuevo,
(atrevido,
amor impaciente golpea tu puerta?

¡Le creías muerto... y estaba dormido,
y ahora a los reclamamos de esa voz des-

(pierta!
JUD. — (Estremecida, poniéndole la mano en
la boca.)

¡Calla, calla, Hea!...

Hea. — ¿Qué tienes, señora?

¡Si el amor te ha herido,

en mis brazos llora!

(La abraza. Judith solloza en silencio.)

ESCENA VII

Dichas y Migabizes.

MEG. — (Entrando sigilosamente por la puer-
ta de la tienda de Judith. Las dos mujeres se
estremecen.)

¡Judith, ya no hay tiempo que perder!

(¡Su gente
para el triunfo tiene ya Oreb prepara-
(dal...)

¡Antes que florezca la aurora en Orien-
(te
tendrá que rendirse la ciudad sitiada,
o el fiero caudillo

a sus moradores pasará a cuchillo!
Tu pueblo murmura;
la gente asegura
que tú a los asiáticos Betulia has vendi-
Maldicen tu nombre... (do...)

JUD. — (Espantada.) ¡Cállate!
MEG. — Yo he oído

pedir tu cabeza al vulgo irritado...
¡Dicen que a Holofernes amas en se-
y por él nos vendes!... (creto,

JUD. — (Con resolución.)
¡Cállate, soldado,
que yo te prometo
que antes que en las cumbres florezca
(la aurora

estará mi pueblo por Judith salvado,
o le habrá llegado
a Judith su hora!

Cerca de esta tienda mi señal espera...
y libres, mañana, aquí beberemos,
la alegre llegada de la Primavera!...

MEG. — Ocultos en estas montañas, con-
(fian
su vida a tu brazo... Su esperanza eres.

(Al salir, mirando desdeñosamente a Judith.)
¡Malditos los pueblos cobardes que fian
su vida en volubles manos de mujeres!
(Judith permanezca un instante inmóvil, como
luchando consigo misma.)

ESCENA VIII

Todos menos Megabizes.

HEG. — Ya llegó el instante. Señora,
¿qué hacemos?

JUD. — (Tomando una resolución desesperada
y tendiendo sus manos suplicantes al cielo.)
¡Pedir a Dios fuerzas!... Oremos...

HEG. — Oremos.
(Caen de rodillas mientras suena el arpa.)

LA VOZ. — (Judith, al escuchar la canción, se
estremece, como si la oyese sonar en su pro-
pia carne.)

Es hora de amar...
Los valles son lechos...

se hinchan como pechos
las olas del mar...
Sobre las fragantes
floridas praderas
extended, amantes;
vuestras palpitantes,
pieles de panteras,
y entre los divinos
ramajes espesos,
como de áureos vinos,
embriagados de besos!
La tierra cubierta
de lirios en flor...
¡Adoné, despierta!
¡Resucita, Amor!

Voces.—(Chocando las copas.)
¡Adoné, despierta!
¡Resucita, Amor!

JUD.—(Haciendo un esfuerzo terrible por recoger su fervor. Su voz tiembla, y todo su cuerpo se agita convulsivamente.)

La hora se aproxima...

¿Dejaréis, Señor,
que tu pueblo gima
bajo las cadenas del conquistador,
y que sus guerreros sobre tu ciudad
caigan con la furia de una tempestad?...

¿Y con sus espadas
tus hijos degüellen,
y con sus ferradas
sandalias profanen, ultrajen y huelen
la tierra bendita, las tumbas sagradas
en donde reposan los huesos gloriosos
de aquellos varones, de aquellos mo-

(narcas
de ojos de gacela y hombros de colosos
que fueron danzando detrás de tus Ar-

(cas,
fuertes y robustos cual cedros añosos
y graves y sobrios como patriarcas?...

¡Señor, no consentas
que manos sangrientas
lleguen tu sagrado recinto a manchar,
que a tus servidores leales acuchillen,
y en tu mismo templo tus hijas menci-

(lien,
haciendo sacrilegos lechos de tu altar!
Hea.—¡Que sobre su frente desolada

(brillen,
prestándole amparo, tus manos, Se-
(ñor!...

JUD.—(Desesperadamente.)
¡Da a mi alma alientos y al brazo vigor!
UNA VOZ.—(Al son del arpa. La oración
maere en los labios de Judith. Cierra los ojos

y toda su carne se estremeció, como si en ella
clavasen su aguijón todas las cantáridas del
deseo.)

¡Amor, ya no dudol
He ungido de nardo
mi cuerpo desnudo,
y trémula aguardo
tu llegada, Amor,
para que tus brazos
desaten los lazos
de mi ceñidor!
Viajero que pasa,
si fiebre de amores
tus venas abraza,
mi lecho es de flores...
Empuja mi puerta
y aspira su olor...
¡Adoné, despierta!
¡Resucita, Amor!

Voces.—(Chocando las copas.)
¡Adoné, despierta!
¡Resucita, Amor!

JUD.—(Tapándose los oídos con las manos.
Su voz es de desfallecimiento.)

¡Eso melodiosos cantos me embriagan!
A sus alaridos,
de amor, Señor, presto cierra mis
antes que me hagan (oídos,
cerrar las pupilas y desfallecer!...

¡Mi alma es una alondra que a ti tiende
y mi carne en celo (el vuelo,
es como una fiera que aulla de placer!..

¡Señor, a tu sierva préstale tu ayuda;
con tu omnipotencia su miseria escuda;
da a mi alma alientos y al brazo vigor!..

¡Haz que ante el peligro vencida no
(ceda,
para que animosa con sus manos pueda
tus santos designios realizar, Señor!

Hea.—¡Sus fuerzas flaquean!... ¡Sus
(fuerzas sostén!

JUD.—¡Señor, dame alientos! ¡En mi
(auxilio ven!

UNA VOZ.—Mi rosa, ya abierta,
te brinda su olor...
¡Adoné despierta!
¡Resucita, Amor!

JUD.—(Desesperadamente.)
¡Señor, no me dejes!... Si tus justas
(iras

con sus impiedades mi pueblo encendió;
si no bastan rezos, ayunos, ni piras;
si tu sed de sangre aun no se sació,
aquí está mi cuello desnudo que espera

que el hacha le corte o el puñal le hie-
(ra...)

¡Te doy de mi sangre la más pura flor!..
¡A tu eterna y sabia justicia me acojo!
Y si tú lo quieres, de tu altar al pie,
por salvar mi pueblo, por templar tu
(enojo,
con mis propias manos me degollaré!

ESCENA IX

Dichos, Holofernes y capitanes.

HOL.—(Aparece descorriendo la cortina. El festín está en su apogeo. Todos beben y ríen y vociferan.)

¿Que apuré diez jarros?... ¡Pues bien, me bebo otros tantos!
(todavía
(Al copero.) ¡Más vino escanciad!

VOCES.—(A los coperos. Los coperos llenan de nuevo las copas.)

¡Más vino, copero!

HOL.—(Entrando, beodo, sostenido por Assur.)
¡Se acabó la orgía!

(Deja caer la cortina.)

¡Al instante esta sala despejad!

(A Assur y al copero, después de beber.)

¿Mis piernas flaquean? ¿Que no es firme el paso?

¿Que no puedo, imbécil, mi cuerpo tener?

¡Dejadme..., marchaos..., o igual que este vaso

vuestra sangre inmunda me voy a beber!

(Salen el copero y Assur. Holofernes, tambaleándose, busca a Judith.)

Mujer de Betulia, ¿adónde te has ido?

JUD.—(Mirando al cielo.)

(¡Mi brazo y mi vida protege, Señor!)

HOL.—(Aproximándose a tropezones.)

¿Por qué a nuestro alegre festín no has venido?

VOCES.—(Saliendo del salón.) (venido?)

¡Adoné, despierta! ¡Resucita, Amor!

ESCENA X

Judith, Holofernes y Hegla.

JUD.—(Aproximándose tenuamente.)
Aquí está tu sierva.

HOL.—(Sujetándola por las muñecas.)

Más cerca, a mi lado...

¡Junta con mi boca tu boca, mujer!
¡Del festín el vino mi sed ha saciado,
y quiero en tus labios de nuevo be-
(ber!...

¡Mañana, cubier'a de ricos joyeles,
te verá Betulia sus calles cruzar!

(La suelta, da un traspié y se sujeta del pilar.)

¿Ves mi mano? Es fuerte. Puede seis
(corceles,

sujeta a la rueda de un carro, parar.

A más de diez osos asfixié en mi pe-
(cho,

crujir en mis brazos sus huesos senti...
Mujer de Betulia, si tu talle estrecho,

si mi amor te oprime, ¿qué va a ser
(de tí?

(Suelta unos carcajada y se sienta en el lecho.)

¡Me caigo de sueño!... Esclava, suspen-
(de

mi alfanje y mi casco de aquese pilar.
¡De mi pecho el peso del arnés des-
(prende,

y conmigo al lecho ven a descansar!

(Judith le quita el alfanje y el casco y los cuelga del pilar. Holofernes se desploma en el lecho.)

JUD.—(Mientras cuelga el arma.)

(Señor, yo no puedo tenerme de piel)

HOL.—(Descorriendo la cortina maquinalmente.)

Tengo sed..., me abraso... ¡Judith, bé-
(same!

(Como delirando entre sueños.)

La tierra se incendia... Me envuelven
(las llamas;

todo danza y gira a mi alrededor...

Mujer de Betulia, ¿por qué no me amas?

¡Adoné, despierta! ¡Resucita, Amor!...

¡Amor!

(La voz se va extinguiendo. Judith descorre la cortina y espía.)

HEG. ¿Se durmió, señora?

JUD.—(Inclinada y en voz baja.)

Judea su pecho,

y su larga barba tiembla al jadear...

Un brazo velludo descendiendo del lecho...

Vense entre los labios sus dientes bri-
(llar ..

Entreabre los párpados y clava un ins-
(tante

sus turbias pupilas, feroces, en mí...

¡La atracción que tienen para el caminante
los negros abismos, al verlas sentir!
De nuevo en la sombra se hundió su
mirada...
Sus labios parece intentan hablar...
¡Son como una herida, como una gрана
nada
que quiere, sangrienta, su miel destilar!
(Suena un silbato. Judith se estremece y se
separa del lecho.)
Heg. — ¿Oyes? El soldado tu señal es-

(pera...)

¡Que tu firme brazo proteja al Señor!...
JUD. — (Volviendo a inclinarse. Después como
errojando una idea que la tortura.)

¡Sonríe!... ¡No es posible!... ¡no!...
(Con firmeza. Avanza resueltamente hacia
el pilar, después de una lucha espantosa,
como arrastrada por una fuerza oculta e irre-

sistible.)

¡Señor, que mueras!
(Descuelga el arma, y al desnudarla se le
cae al suelo. Se queda suspensa un instante.)

Heg. — (Estremeciéndose.)
¿Qué es eso?

JUD. — Cayóse la espada...
(Se la ve temblar al inclinarse a recoger el
arma.)

Heg. — ¡Valor!

JUD. — ¡Señor, dadme fuerzas...
(Avanza con la espada desnuda; pero al ir
a descorrer la cortina se detiene aterrorizada.)

¡Ahora no!... ¡no puedo!...
(Retrocede; de nuevo avanza. Hegla la sigue
con la antorcha en la mano.)

Retira la antorcha!.. ¡no le quiero ver!

¡Mirar su semblante me causa tal mie-

do,
que muerta en su lecho me voy a caer!..

Hol. — (Soñando.)

¡Judith!...
(Judith da un grito; retrocede y queda pega-

da al pilar.)

JUD. — ¿Has oído?... Me llama... Despiér-

ta...
¡Si abriese los ojos no me atrevería...
(Pequeña pausa. Se oye un golpe en la puer-

ta de Judith.)

¿Qué pasa? (Aterrada, deteniéndose.)

Heg. — Llamaron de nuevo a la puerta...
(Descorre la cortina y se asoma a la puerta.)

¡Judith, ya es la hora!... ¡Va a nacer el
día!

(Vuelve a entrar y se aproxima a Judith.)

Hol. — (Soñando.)

¡Judith!...

JUD. — (Avanzando con temor.)

¿Has oído?... De nuevo me llama.

Heg. — (Suena otro silbato.)

Es la señal... ¡Animo!

(Judith descorre la cortina; va a aizar la es-

pada y en ese momento la lámpara parpadea

un instante, como si fuese a apagarse.)

JUD. —

Heg. — (Mirando.)

¡Una mariposa rondaba la llama,

y al final en ella sus alas quemó!...

JUD. — (Haciendo un esfuerzo terrible, desco-

rrre la cortina y alza el arma con los dos bra-

zos.)

¡Protege mi brazo, Señor de Israel,

para que liberte tu pueblo con él!

(Deja caer el alfarje. Suena un grito. Judith

corre la cortina y aparece toda cubierta de

sangre, con el arma en la mano, pálida, des-

ecajada, con el terror en el rostro.)

¡Señor, ya está hecho!

Heg. —

¡Toda estás bañada

en sangre!... ¿Qué tienes?

JUD. — (Como delirando.)

De un tajo, mi espada

su altiva y robusta cabeza se gó,

y al saltar al suelo, con su sangre hir-

viente,

mi ropa, mis manos, mi boca y mi frente

de chispas de rojo fuego salpicó!...

Hasta en mis entrañas la siento caer

para devorarme... ¡Como si estuviera

euvuelta en las llamas de una inmensa

(hoguera,

me siento en el fuego de su sangre ar-

der!)
(Se retuerce desesperadamente y arroja la

espada.)

¡La señal! ¡La antorcha!

(A Hegla. Esta empuja la antorcha, abre la

puerta y sale gritando. Pequeña pausa. Ju-

dith se acerca al lecho, descorre la cortina,

vacila, se inclina, se arrodilla y hace ademán

de recoger algo en su falda.)

ESCENA XI

Judith.

(Arrodillada junto al lecho.)

Sangrientos despojos
que inmolé a la cólera santa del Señor;
sanguinantes labios, inmóviles ojos,
también os conjuro, llorando, de hino-
(jos:

—¡Adoné, despierta!.. ¡Resucita, amor!
(D. scubre la cabeza.)

¡Qué espanto, Dios mío!... ¡Oh boca las-
(civa,

que aun para besarme te miro entre-
(abierta,

el beso que nunca te quise dar viva,
ahora, pobre boca, te lo daré muerta!
(Se inclina y la besa, y permanece así un ins-
tante, como devorándola con sus besos.)

ESCENA XII

Dicha, Assur y soldados. Se oyen gritos y
voces que se van acercando.

Ass. — (Entrando por el cortinaje del foro. El
salón aparece oscuro. Assur con la espada
en la mano)

¡Pronto, señor, sálvate! ¡Huye en tu
(corcel,

porque el enemigo nos pasa a cuchillo!
(Algunos soldados invaden la escena. Judith
permanece de brazos sobre el lecho.)

MEG. — (Entrando por la puerta de Judith con
la espada desnuda.)

¡Victoria!

Ass. — (Deteniéndose al ir a aproximarse al
lecho de Holofernes.)

¿Qué pasa?

MEG. — (Acometiéndole.)

¡Murió tu caudillo,
y tú ahora, en su tienda, morirás con
(Se alejan luchando, or el foro.)

¡Viva Judith!... ¡Viva! ¡Victo-
(ria a Israel!

(Los soldados israelitas invaden tumultuosa-
mente la escena, agitando en sus manos an-
torchas flameantes.)

ESCENA FINAL

Dichos, Hegla y Pueblo.

PUE. — (Dirigiéndose al lecho de Holofernes.)

—¡Aqui está el cadáver!—Sus restos
(quememos
en mitad del campo, y luego echaremos
su ceniza al aire...—¡Clavad su cabeza
sobre una alta pira!...—¡Su cuerpo
(arrastrad!

JUD. — (Se alza desfigurada, terrible y ven-
gativa, recoge el arma y se interpone entre
el lecho y la muchedumbre.)

¡Atrás, miserables, que ante su fiereza,
de miedo, hace poco, no osábais ha-
(blar!...

¡Aquel que esos restos se atreva a to-
(car,

caerá a mis plantas como él ha caído...
(La multitud se detiene, atemorizada.)

¡Atrás todos!... ¡Todos!

(Al esfuerzo parece que va a desplomarse.)

HEG. — (Corriendo a ampararla.)

¿Qué tienes?

JUD. — (Tendiendo los brazos al cielo.)

¡Señor!

tus santos mandatos mi mano ha cum-
(plido!

¡Por salvar mi pueblo, dió muerte a mi
(amor!

(Cae desvanecida en brazos de Hegla. —
Tión.)

FIN DE LA TRAGEDIA



FUERA CANAS sin teñirlas ni arrancárselas

Gran invento **BRILLANTINA INDIA** (Sin grasas)
— véase en la etiqueta La figura de la India. (Marca Registrada.)

Producto amnésico, compuesto de raíces aromáticas. Único que sin teñir, en pocos días devuelve a las canas su color primitivo. Usándole no salen manca. Fortifica la raíz del cabello evita su caída y le devuelve el jugo perdido, pues la cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin el cual se debilita la raíz, haciéndole perder color y fuerza. Precio: 5 pesetas. De venta en todas las perfumerías y droguerías. Por mayor: J. BARRERA. Muñoz Torrero, 6. MADRID

Marcas Registradas

80 Centimos CAJA	Pildoras Saludables	20 DOSIS
	MUNOZ LAXANTES PURGANTES - EN TODAS LAS FARMACIAS	

HIPOFOSFITOS SALUD.

TONICO NERVIOSO

SUSCRIBASE USTED

A NUESTRAS POPULARISIMAS REVISTAS

	Año	Madrid y Provincias.	Extranjero
La Novela Corta	7,50	10,00	
La Novela Teatral	11,50	14,00	
La Novela Corta y La Novela Teatral	17,00	22,00	

(Suscripción combinada.)

La suscripción empieza con el primer número de cada mes.

PAGO ANTICIPADO.—NO SE ACEPTA EN SELLOS

MADRID. — CALLE DE CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 498

RELOJES REGISTRADORES

para controlar las entradas y salidas de obreros y empleados.

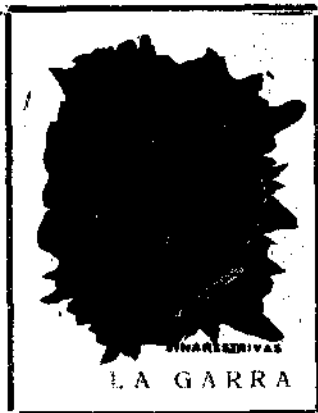
Gastón Williams & Wigmore C. A.

B. Dip. Almería

MADRID

AL-821-VIL-jud





PRENSA POPULAR ha puesto a la venta las célebres obras de

LINARES RIVAS

La Garra.—La fuerza del mal.—Fantasmas.—La raza.—Como buitres.—La espuma del champagne.—Aire de fuera.—El abofengo.—Nido de agujas.—La estirpe de Júpiter.—Manía Victoria.—En cuarto creciente.—Como hormigas.
Las zarzas del camino.

Precio de cada tomo: 3 pesetas.

Pídanse a librerías, a nuestros Corresponsales y a esta Administración, Madrid, Calvo Asensio 3

Publicaciones de PRENSA POPULAR

MADRID.—CALLE DE CALVO ASENSIO, 3.—APARTADO 492.

KIRIKI

- | | |
|--|---|
| <p>1. Kiriki Bolcheviquei.-2. Kiriki Aviador.-3. Kiriki Canibal.-4. Kiriki Rey de fieras.-5. Kiriki Aeronauta.-6. Kiriki Apache.-7. Kiriki Detective.-8. Kiriki Raffles.-9. Kiriki Cow-boy.-10. Kiriki</p> | <p>Piel roja.-11. Kiriki Pescador.-12. Kiriki Cazador.-13. Kiriki Nador.-14. Kiriki Saltimbanqui.-15. Kiriki Boxeador.-16. Kiriki Espiritista.-17. Kiriki Aladino.-18. Kiriki Desengañado</p> |
|--|---|

COLECCION COMPLETA.—PRECIO: 20 CENTIMOS NUMERO

FRINE

- | | |
|--|---|
| <p>1. Arte de no envejecer.-2. La mujer en el hogar.-3. La belleza de los ojos.-4. Los perfumes.-5. Los matrimonios.-6. La moda según el tipo.-7. La belleza de las manos.-8. La belleza de la</p> | <p>boca.-9. Los bailes.-10. Las joyas.-11. Las ropas.-12. Modo de ordenar la casa.-13. Los peinados.-14. Educación de las jóvenes.-15. Las visitas.-16. La belleza del pie.-17. La belleza de la línea.</p> |
|--|---|

COLECCION COMPLETA.—PRECIO: 15 CENTIMOS NUMERO

ANIMALES

- | | | | |
|---|---|--|---|
| <p>1. León.
2. Mono.
3. Elefante.
4. Tigre.</p> | <p>5. Agulla.
6. Cocodrilo.
7. Dromedarío.
8. Avestruz.</p> | <p>9. Oso.
10. Ciervo.
11. Canguro.
12. Lobo.
13. Serpiente.
14. Gato montés.
15. Bizonte.
16. Foca.
17. Caballo.
18. Perro.
19. Nipepótamo.
20. Jirafa.</p> | <p>21. Rinoceronte.
22. Tortuga.
23. Rata.
24. Rana.
25. Pingüino.
26. Lagarto.
27. Murciélago.
28. Hormiga.
29. Leopardo.
30. Hiena.
31. Abeja.
32. Ballena.</p> |
|---|---|--|---|

Colección completa.—Precio: 20 céntimos número.